



QUISIÉRAMOS tener la pluma de alguno de los grandes de la literatura para presentar como corresponde la figura de esta mujer tan extraordinaria, que aún hoy nos asombra por sus hazañas, una mujer de la madeja de Isabel la Católica y de Santa Teresa, gloria de nuestra Patria.

I. Sus raíces y primeras armas apostólicas

María Antonia nació el año 1730 en la ciudad de Santiago del Estero. Su padre, don Francisco Solano de Paz y Figueroa, era hijo del brigadier español don Juan José de la Paz y Figueroa, condecorado por sus servicios a la Corona en nuestras tierras. Su madre, Andrea de Figueroa, era sobrina del Teniente Gobernador de Santiago del Estero. La familia de María Antonia, una de las principales de la ciudad, emparentada con las de mejor prosapia del lugar, los Paz, los Roca, los Taboada, los Figueroa, los Olachea, los Palacio..., sin andar blasonando glorias pasadas, como es propio de los que son verdaderamente nobles, guardaba celosa veneración por sus ascendientes, entre los que se contaban tres ilustres conquistadores españoles: don Diego de Villarroel y don Gerónimo Luis de Cabrera, fundadores de las ciudades de Tucumán y Córdoba, respectivamente, y el general don Sancho de Paz y Figueroa, de destacada actuación en la conquista de Arequipa, Perú. María Antonia llevaba en sus venas sangre de reyes, de príncipes y de santos; San Fernando y

San Luis, entre ellos. Se la vincula, asimismo, con Hernandarias, y entre sus descendientes encontramos a Felipe Ibarra.

No debemos imaginar aquella aristocracia a la luz de lo que hoy se entiende a veces por ello. Porque no es lo mismo ser aristócrata que tener mucho dinero. Aquellas eran familias de militares y gobernadores, de hidalgos provenientes de España y afincados en nuestra tierra, varones recios y mujeres viriles, que dejaban los regalos, relativos, de su tierra de origen, extremeña, por lo general, para establecerse en regiones a veces carentes de todo atractivo.

Teniendo en cuenta tales ascendientes, y si es cierto aquello de que "nobleza obliga", comprenderemos mejor el temple de acero de esta mujer, su gesto resuelto, su impavidez frente a los peligros de toda índole, su heroicidad nunca desmentida. Como escribe de ella uno de sus biógrafos, Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, "mujer de su raza, llevaba en sus venas sangre limpia, noble, sangre española, generosa y fuerte como vino añejo".

María Antonia tuvo tres hermanos. Su padre, que fue Alcalde de Segundo Voto, estableció una encomienda de indios, por lo que desde chica conoció el campo así como a los aborígenes, su lengua y sus costumbres.

Santiago, "la benemérita, la muy noble y muy leal", como se la llamaba, era por aquel entonces, una ciudad patriarcal, madre de ciudades, y sede del primer Obispado erigido en el actual territorio de la Argentina. Fundada en 1553, conoció días de gloria y esplendor. Pero ahora ya no era así. Los pueblos nacidos bajo su impulso habían prosperado, dejando en el olvido a la ciudad madre. Por lo demás, muchos de sus pobladores habían emigrado a las nuevas e incipientes ciudades, establecidas en zonas menos inhóspitas, como Córdoba y Tucumán. En Santiago, vuelta casi una aldea, sólo restaban algunas familias im-

portantes, demasiado arraigadas al viejo terruño como para decidirse a abandonarlo. Quedaban, sí, algunas casonas que recordaban el boato original, pero la mayoría de las casas eran de adobe, sin mayores pretensiones arquitectónicas.

Todos los biógrafos destacan la estampa física de María Antonia. Uno de ellos, Mons. Marcos Ezcurra, nos dice que como era frecuente en las criollas descendientes de la buena estirpe española de los primeros pobladores, debió ser sumamente hermosa. Los grabados de la época nos la presentan alta y bien proporcionada, de ojos claros y azules, mirada franca y bondadosa, frente despejada e inteligente, tez blanca, rostro ovalado, facciones finas y regulares, manos delicadas, de maneras sencillas, pero llena de gracia y afabilidad. Su padre podía esperar para ella un "buen partido"... Pero María Antonia se sentía llamada a otra cosa.

1. La colaboradora de los Padres Jesuitas

Dos siglos antes, en 1585, habían llegado a Santiago los primeros religiosos de la Compañía: los Padres Alonso de Barzana y Francisco de Angulo, así como el Hermano Juan de Villegas. Santiago ya era diócesis, la primera del país, según dijimos, desde 1570, siendo su primer obispo fray Francisco de Victoria. Fue este fraile dominico quien pidió al provincial de los jesuitas, que residía en el Perú, algunos religiosos de dicha Orden, y así llegaron, pasando por Salta, los antes nombrados. No bien se instalaron, fundaron una escuela, la primera que hubo en nuestra Patria, a cargo del Hermano Juan de Villegas.

Dedicáronse los Padres a la evangelización de la ciudad y del campo. Pero sobre todo se abocaron a la obra que los jesuitas predileccionaban, los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Para organizar las diversas tandas, recorrían casa por casa, invi-

tando a todos los que integraban la familia, esclavos incluidos. Una semana asistían los españoles, sobre todo los de mayor influjo, como el gobernador, los alcaldes y regidores. La siguiente, los eclesiásticos. Y las dos últimas semanas, todos los demás, mestizos y negros, hombres del pueblo o del campo; algunos de estos últimos venían de lejos, hasta de veinte o treinta leguas. Durante un mes, Santiago estaba en Ejercicios. Nadie en las casas, nadie por la calle, todos dentro de los austeros muros de la casa de la Compañía, a solas con Dios y su conciencia.

Para ayudarse en sus obras, los jesuitas recurrieron a la ayuda de colaboradores laicos, sobre todo de mujeres generosas. Refiriéndose a ellas, en un informe fechado en 1654, escribe uno de los Padres: "Hay en Santiago un gran número de vírgenes consagradas a Dios, que viven fuera del claustro y se llaman «beatas». No son inferiores a las monjas claustradas, tanto por su fervor en la virtud como por su modestia y recogimiento". Algunas de esas mujeres, para ayudarse entre sí, se agruparon en una casa, donde trataban de llevar una vida espiritual más intensa, visitaban enfermos, bordaban ropa de altar, enseñaban catecismo o acudían en ayuda de los pobres. Se las conocía como "beatas", en el sentido evangélico de la palabra, ya que Cristo, cuando pronunció el sermón de la montaña, llamó *beatus*, bienaventurado, al que vivía de acuerdo al Evangelio. Por eso la casa donde moraban tomó el nombre de "beaterio". Tras una especie de noviciado, se consagraban a Dios con votos privados, vistiendo una especie de sotana semejante a la que usaban los jesuitas, más una toca que les cubría la cabeza. A veces cambiaban el nombre de familia por el de algún santo de su especial devoción. Lo que más les gustaba hacer era ayudar en las sucesivas tandas de Ejercicios, tomando parte en su organización, cocina y limpieza, de la manera más discreta posible. No eran propiamente religiosas, ni podían ser consideradas como terciarias jesuitas, pero a través de sus actividades apostóli-

cas y sobre todo su atención a las "casas de Ejercicios", estaban de hecho estrechamente ligadas a la Compañía.

María Antonia ingresó en uno de esos beaterios. Bajo la dirección espiritual del P. Ventura Peralta, cambió su nombre original por el de María Antonia del Señor San José. A los 17 años se consagró a Dios, pronunciando los votos de pobreza, castidad y obediencia, y recibió la sotana de San Ignacio, que ya no dejaría hasta su muerte. En adelante se vería a la nueva beata, con su hábito negro, caminando por las resacas calles de Santiago. Para los vecinos será la Beata Antula, una beata más, una de las beatas del beaterio de Santiago. Al firmar, añadía a veces "Beata Profesa de la Compañía de Jesús".

Durante muchos años, más de veinticinco, nuestra Beata ayudaría a los Padres principalmente en la organización de retiros, colaborando sobre todo en los reservados a mujeres, lo que le permitió conocer muy bien no sólo el contenido de los Ejercicios, como medio tan admirable para la divinización de la vida, sino también su marco práctico, el modo de invitar y acoger, la distribución de las horas, los temas, los cantos, y hasta los menús más convenientes.

Pronto densos nubarrones se iban a cernir sobre la Compañía. El contacto tan estrecho de nuestra beata con los Padres de Santiago, le permitió ir conociendo en detalle el desarrollo de los acontecimientos. Ya en 1750, es decir, cuando ella tenía 20 años, se enteró de la crisis desatada por el inicuo Tratado de Permuta, merced al cual España entregaba a Portugal las siete reducciones situadas al este del río Uruguay a cambio de la ciudad de Colonia del Sacramento, lo que provocó la trágica "guerra guaraníca".

2. La expulsión de la Compañía

Años más adelante comenzó a agitarse una cuestión que tendría fatales consecuencias para la Orden que ella tanto amaba. Las principales Casas Reales de Europa, inficionadas de espíritu masónico, concertaron una campaña persecutoria contra los jesuitas. Por lo que hace a España, el rey Carlos III determinó en 1767: "He venido en mandar se extrañen de todos mis dominios de España e Indias, Islas Filipinas y demás adyacentes, a los religiosos de la Compañía". En vano protestó el papa Clemente XIII: "¡Tú también, hijo mío!", le dijo al rey. "¿Pues que el religiosísimo rey de las Españas Carlos III ha de ser aquel que de su brazo, aquel poderosísimo que Dios le ha dado para sostener y promover el divino honor, la honra de la Iglesia y la salud de las almas, éste ha de prestar a los enemigos de Dios y de su Iglesia, para trastornar sus fundamentos a una religión tan útil y tan cara a la misma Iglesia, que debe su origen y esplendor a aquellos santísimos héroes que Dios escogió de la nación española para propagar por toda la tierra su mayor gloria? ¿Y ha de privar para siempre a sus reinos y a sus pueblos de tantos coadjutores espirituales, que por más de dos siglos se han felizmente ejercitado en las predicaciones, en las misiones, catecismos, Ejercicios, administración de sacramentos, instrucción de la juventud, culto y decoro de la Iglesia?".

El llamado del Papa cayó en el vacío. Bucareli, gobernador a la sazón de Buenos Aires, ejecutó con rigor la disposición del Rey. Las reducciones quedaron huérfanas, los colegios desiertos, las casas de ejercicios vacías, sigilosamente desterrados los miembros de la Compañía, tanto los Padres como los Hermanos.

En lo que toca a Santiago, los soldados rodearon el Colegio de San Ignacio y apresaron a los jesuitas para llevarlos al desierto. Todos los Tenientes de Gobernadores debían proceder

de idéntica manera, sin demora, para que el pueblo no se conmocionase. Y así Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Montevideo, Catamarca, La Rioja, Santiago, vieron partir a sus profesores, a sus directores espirituales.

Pero el drama no terminó allí. En 1773, poco después de la expulsión obrada por Carlos III, el papa Clemente XIV decretó la supresión universal de la Orden. Sería arduo exponer aquí los motivos por los que se pasó tan velozmente del apoyo de Clemente XIII a la drástica decisión de su inmediato sucesor. Por lo que parece, el nuevo Papa cedió a la influencia de poderosos ministros volterianos y masones, que veían en los Padres de la Compañía un obstáculo infranqueable para sus propósitos contra la Iglesia. Lo más grave es que dichos ministros no hacían sino ejecutar un Pacto de Familia de las coronas borbónicas. El hecho es que la decisión del Papa tuvo graves y nefastas consecuencias. Pero sucedió algo muy extraño. Como el decreto pontificio, a causa del derecho de Patronato, no fue reconocido en Rusia, la Compañía siguió subsistiendo allí, hasta que otro decreto del papa Pío VI, el año 1814, revocó la supresión, y la Compañía volvió a florecer en todo el mundo.

3. María Antonia toma la antorcha

Imposible expresar cuánto María Antonia lamentó la expulsión y ulterior supresión de la Compañía, ella que estimaba a los jesuitas como a sus padres y maestros. Cada vez que pasaba frente al colegio abandonado de Santiago su corazón se le estrujaba, sintiendo en carne propia la angustia de ese desamparo. Ella sabía que no sólo en su ciudad natal sino en toda la gobernación se había hecho efectivo el extrañamiento. Lo que más le dolía era ver cómo los obispos y los sacerdotes parecían estar de acuerdo con las medidas persecutorias. Todo lo que

tenía algo que ver con los jesuitas parecía ahora repudiable. Ni siquiera los querían nombrar. Se los llamaba "los expulsos", "los expatriados". Incluso llegó a dejarse de celebrar la fiesta de San Ignacio. Lo que más se aborrecía era la práctica de los Ejercicios. Ella no podía consentir en semejante actitud, más aún, decidió hacer al revés, no vacilando en defender a sus amados Padres, precisamente en esos momentos en que mostrarse partidarios de ellos era exponerse a la marginación.

Para que la llama sagrada que ardía en su corazón no se extinguiese, trató de mantenerse en frecuente trato epistolar con los Padres que había conocido, y que ahora se encontraban en diversos países de Europa, sobre todo con el P. Gaspar Juárez, residente en Roma. Mas no se contentó con dar pábulo a la nostalgia, ni se limitó a defender la memoria de los Padres, sino que se propuso llenar, en cuanto estuviera a su alcance, el vacío dejado por ellos. Veía cómo los pueblos que los jesuitas habían instruido y evangelizado estaban ahora espiritualmente huérfanos, recayendo en la ignorancia e inmoralidad, y ello no sólo en las ciudades sino sobre todo en el campo. Su corazón ardía de celo apostólico. ¿Qué podía hacer para suplir dicho vacío? Por experiencia sabía el gran bien que hacían los Ejercicios, más aún, había sido testigo de las gracias que por ellos se derramaban sobre los ejercitantes, y entonces pensó si no sería posible restaurarlos en alguna forma. De las ruinas de la Compañía se propuso salvar ese único tesoro, el tesoro principal que su Fundador le legara. ¿No se podría resucitar, tanto en Santiago como en otros lugares, la práctica de los Ejercicios de San Ignacio?

Pero ella era una mujer débil y sin medios. ¿Cómo animarse a acometer un emprendimiento semejante? Necesitaba estar cierta de que tal era la voluntad de Dios. De sus cartas se infiere que no sólo lo meditó seriamente y lo consultó con sacerdotes experimentados, sino que recibió una inspiración clara y ex-

presa de lo alto. En carta al P. Juárez de 1785 le decía: "Vengo ahora a las demás preguntas que me hace sobre los principios, medios y progresos de estos Ejercicios. Los principios yo no sé decirlos, sino sólo Dios los sabrá, cómo me entró tan fuerte esta inspiración". Agrega que fue en la celda de San Francisco Solano, que aún se encuentra en el convento de San Francisco, de Santiago, y que entonces acababa de restaurarse con parte del viejo material empleado por las manos del Santo, donde "le entró fuertemente la inspiración". Allí, en ese cuartito humilde y tosco, se arrodilló ante el pequeño altar, y en la presencia de Dios se comprometió a reparar la injusticia cometida con sus padres en el alma, tratando que se retornase a la práctica de los Ejercicios de San Ignacio. Invocó luego al Santo tan querido de los santiagueños: "¡Francisco Solano, que al eco de tu violín llamabas a los indígenas, haz que las muchedumbres oigan mi voz! ¡Francisco Solano, que viviste en esta tierra, haz que vuelva a producir frutos de santidad! ¡Francisco Solano, que tan fielmente cumpliste la misión que Dios te diera, ruega para que yo pueda cumplir la mía! ¡Bendice la obra que emprendo, Francisco Solano, apóstol de los santiagueños!". San Francisco Solano y San Ignacio se han de haber confabulado en el cielo para favorecer a esta joven y para sostener su "vehemencia irresistible", como ella misma dice, en buscar la mayor gloria de Dios, así como "el anhelo de heredar el espíritu de quien estableció, entre otros prodigios de la gracia, los Ejercicios espirituales". En esa humilde celda, podríase decir, se llevó a cabo un invisible trasplante de corazón de Ignacio a María Antonia, una verdadera simbiosis que culminaría en la decisión inquebrantable de hacer común la obra sagrada de los Ejercicios.

Nuestra Beata se dispuso a pasar de la vida oculta, que había llevado hasta acá, a lo que sería su vida pública. Lo primero que hizo fue pedir licencia a las autoridades eclesiásticas, pero como el Obispo no residía en Santiago se dirigió a su delegado

en la ciudad. Éste le puso algunas objeciones, pero al fin dio su acuerdo. Entonces María Antonia, con su hábito negro y llevando sobre los hombros la capa que le dejara de recuerdo uno de los jesuitas desterrados, empezó a recorrer las casas de los conocidos, con los pies descalzos y apoyada en un báculo en forma de cruz. Comenzaba exponiendo su plan, explicándolo, y luego invitaba a entrar en Ejercicios. Sus parientes, sus conocidos, todo ese pequeño mundo que formaba la aristocracia santiagueña, la miraban con sorpresa. ¿Sería capaz de llevarlo a cabo? ¿Con qué medios? ¿Dónde?

Pero a ella nada la arredraba. Primero eligió una casa espaciosa en Santiago, la acondicionó para la tanda, y luego buscó un sacerdote, el P. Toro, que era a la sazón el superior de los mercedarios. Fue el primer retiro que organizara, un retiro para hombres. El éxito fue total. Enseguida se puso a preparar la segunda tanda, esta vez para mujeres, con idéntico resultado. El espacio se hacía exiguo para tanta gente. Entonces se dirigió al gobierno, el cual ofreció el edificio que había pertenecido a los jesuitas. Las tandas se sucedían una tras otra, acudiendo toda clase de gente, incluso del clero. Y siempre dirigidas por sacerdotes competentes, que la misma María Antonia se encargaba de seleccionar. De este modo, como dice en sus cartas, antes de que se cumpliera el año de la expulsión, los Ejercicios en Santiago se habían retomado.

¿Y la gente que vive fuera de la ciudad, se preguntaba la Beata, cómo podrán llegar hasta acá? Se lanzó, entonces, a recorrer el campo y los pueblos rurales, por senderos escarpados, entre cactus, algarrobos, mistoles, chañares, siempre descalza. Si no la comprendían en español, les hablaba en quichua, lengua que había aprendido en su niñez. Y así recorrió Silípica, Loreto, Soconcho, Salamina, Atamisqui, en busca de almas. Al llegar a un pueblo, primero se ponía de acuerdo con el párroco del lu-

gar, buscaba alguna casa, y luego, junto con otras dos beatas y un peón de su confianza, salía a invitar las familias del vecindario y a pedir la limosna necesaria, en dinero o en especies, que cargaba en un pequeño carrito tirado por mulas. Los retiros fueron, también allí, exitosos. Todo esto se dice fácil, pero si consideramos tanto los peligros físicos en las largas caminatas, como la esperable incompreensión de algunos curas, que se preguntarían quién era esta mujer, si había que apoyarla, quién pagaría los gastos de los ocho días de retiro, que era el tiempo que duraban las tandas, la cosa se volvía peliaguda. En algunos casos, cuando no encontraba alojamiento para los retiros, María Antonia llevaba a la gente del campo hasta la ciudad de Santiago. Españoles, indios, mestizos, campesinos, negros esclavos, hacían cola para entrar, cada uno con un paquetito de ropa en la mano, algunos viniendo de muy lejos, a pie o a caballo.

La estampa de esta mujer se hizo proverbial en Santiago y la campaña santiagueña. Su figura era inconfundible. Los santiaqueños comenzaron a apodarla cariñosamente "Madre Antula", o también "la Beata de los Ejercicios".

Según se puede ver, si la expulsión de la Compañía trajo como consecuencia la destrucción de las obras que los Padres llevaron a cabo durante dos siglos, las reducciones, los colegios, las misiones, la universidad de Córdoba, etc., "sólo una empresa jesuítica no decayó -escribe el P. Guillermo Furlong- sino que, por especialísima providencia de Dios, prosperó de tal suerte y adquirió una consistencia tan sólida y duradera y produjo frutos tan abundantes y tan notorios que los contemporáneos, sin excepción, se veían precisados a exclamar «*iDigitus Dei est hic!*» (aquí se palpa el dedo de Dios) (Ex 8, 19). Esa empresa fue la de María Antonia. Como Brochero en el siglo siguiente, ella vio en los Ejercicios el medio más privilegiado para la evangelización de nuestra Patria".

II. La Beata andariega

María Antonia era fuego y el fuego busca extenderse. Cristo no había muerto sólo por los santiagueños. Se requería llevar a otros sitios el tesoro que la deslumbraba. Y así resolvió convertirse en la andariega de Cristo, lanzándose por los caminos de nuestra Patria, con la intención de llevar al mayor número posible de almas los beneficios de la Redención, particularmente a través de los Ejercicios.

1. En tierras jujeñas

“Pero ¿por qué no te quedas en Santiago?”, le decían sus amigas. Ya Santiago estaba suficientemente atendida, pensaba la Beata. Alguien podría continuar la obra allí comenzada.

Sacerdotes no faltaban, sobre todo el P. Toro y un grupo de compañeras que, contagiadas del fervor de María Antonia, secundaban al celoso sacerdote.

De Santiago, la Madre Antula se dirigió primero a Jujuy, el año 1773. Eligió dicha ciudad porque era allí donde ocasionalmente se encontraba el obispo de la Diócesis de Tucumán, al que deseaba entrevistar. Imaginemos este larguísimo viaje, más propio de un hombre que de una mujer inerme. Pero ella era una varona. Nada detendría su marcha, ni los montes, ni los ríos, ni lo interminable de los caminos, ni los desiertos, ni el temor a los indios, o a las enfermedades. Llevaba colgada de su cuello una imagen del Niño Jesús, al que con ternura femenina llamaba “Manuelito”, inspirándose sin duda en el nombre bíblico con que el profeta designó al Mesías: *Emmanuel*, Dios con nosotros. No iba, pues sola para una empresa tan importante.

Llegó por fin a Jujuy, donde se encontró con el obispo Juan Manuel Moscoso y Peralta, a quien le expresó sus proyectos apostó-

licos, en especial su deseo de que se diesen tandas de Ejercicios. Antes de otorgarle su apoyo, quiso el obispo que organizara alguna tanda para ver cómo se desempeñaba. El éxito fue tan indiscutible, que la favoreció generosamente, permitiéndole recolectar limosnas con ese fin, así como tener un oratorio durante las tandas, donde se pudiese celebrar la Santa Misa, y recomendándola a los párrocos y vicarios de modo que le prestasen toda su ayuda.

Refiriéndose a las tandas que allí se dieron, escribió nuestra Beata: "Los frutos de los Ejercicios los conocen los buenos sacerdotes que me ayudan y me dicen que se advierte reforma en la ciudad y sus contornos".

2. En Salta

De Jujuy, la Madre Antula se dirigió a Salta. No lo pudo hacer sino por ese camino tan encantador llamado "de la cornisa". Encantador, sí pero a la vez no exento de numerosos y variados peligros. Hay en su transcurso arroyos que pueden volverse caudalosos si cae alguna lluvia intensa, en cuyo caso sólo cabe guarecerse en las cuevas o bajo los árboles, sin tener a veces otra cosa que comer sino los frutos de los arbustos silvestres. Además, acostumbraba caminar descalza. Las noches las pasaría en una choza, si es que encontraba alguna, compartiendo con los dueños un poco de locro, tunas o mistoles. La gente sencilla se le encariñaba, al punto que a su partida le decían: "¡Bendita sea la Beata de los Santiagueños! ¿A dónde se nos va, la Madrecita buena?".

Una vez que llegó a Salta, con la autorización que le había dado el obispo en Jujuy, se dedicó a recorrer las calles de dicha ciudad invitando a sucesivas tandas de Ejercicios. El éxito fue semejante al que logró en Jujuy. Una de las seguidoras que encontró en Salta sería, precisamente, la llamada a continuar su obra.

3. *Hacia Tucumán*

Tras dejar consolidada la obra en Salta, María Antonia, junto con algunas de sus compañeras, se dirigió hacia la ciudad de San Miguel de Tucumán. Otra vez, una larga travesía por zonas montañosas y despobladas. De este viaje se nos cuenta que mientras bordeaban una serranía oyeron de pronto rugidos espeluznantes. Un enorme puma les cerraba el paso. Las compañeras de nuestra Beata retrocedieron, llenas de espanto. Pero ella se mantuvo serena dirigiendo a Dios esta oración: "¡Si por mi causa han de sufrir la muerte estas pobres, toma mi vida, Señor, sea yo la víctima!". Y avanzó resuelta, con la cruz en la mano. El puma agachó la cabeza, se dio vuelta y desapareció entre los matorrales. Esta anécdota, como observa el P. Contardo Miglioranza, recuerda lo que le acontecía a San Francisco Solano, que amansaba fieras con su cordón franciscano. Monseñor Marcos Ezcurra, en su vida de la Beata, dice que quizás los animales feroces la respetaban "por un oculto instinto de la compañía del Creador de todos los seres que la protegía". Viene acá a nuestra memoria aquella tradición del mundo eslavo que a veces en sus iconos representan a los santos rodeados de animales salvajes, a los que dominan con su presencia transfigurada, como adelantando "los nuevos cielos y la nueva tierra", el retorno al paraíso antes del pecado, donde Adán ejercía un señorío total sobre las creaturas y el cosmos.

Llega por fin María Antonia a San Miguel de Tucumán. El lugar le pareció encantador, mostrándosele como un florido vergel para ofrecer al Señor. Por aquel entonces, la ciudad era pequeña, con su catedral, los conventos de San Francisco y Santo Domingo, y un caserío circundante. Fundada por Francisco de Aguirre en el corazón de América, como eslabón entre la Lima virreinal y la Buenos Aires aldeana, vino a ser, en medio de la barbarie, un centro civilizador donde se gestaron relevantes em-

presas. También por allí pasó Francisco Solano, con su violín al hombro. Dos obispos afamados le dieron lustre: Francisco de Victoria, que la dotó de la primera escuela que existió en esas regiones, y Fernando de Trejo y Sanabria, hermanastro de Hernandarias y patrocinador de la naciente Universidad de Córdoba.

También en Tucumán nuestra Beata inició la obra de los Ejercicios, dejando formada una agrupación que asegurase su continuidad.

4. En Catamarca y La Rioja

De Tucumán, nuestra Beata se dirigió a Catamarca. Esta ciudad, cuyo nombre completo es San Fernando del Valle de Catamarca, era una ciudad con solera, la ciudad de los Navarro de Velasco, los Castro, los Barros, los Almonacid. En ella los jesuitas habían tenido una casa. Poco después de llegar, en una de sus caminatas María Antonia se fracturó una costilla. La cosa era de bastante gravedad, pero encomendándose al Sagrado Corazón, recuperó prontamente la salud. La gente de la ciudad le abrió las puertas de sus casas, escuchando sus palabras y atendiendo a su invitación, con lo que recomenzaron los Ejercicios. Recorrió asimismo otras poblaciones de la zona, por ejemplo Londres, antiguo poblado que, como se sabe, lleva ese nombre en homenaje a la princesa Mary Tudor, esposa de Felipe II. Siempre con el mismo resultado.

Luego se encaminó a la ciudad de La Rioja, pasando por desoladores arenales. Era el año 1775. Esta ciudad, que antaño había recibido también la visita de San Francisco Solano, hizo asimismo eco a su iniciativa y varios sacerdotes colaboraron en las diversas tandas que allí tuvieron lugar.

5. Su entrada en Córdoba

Desde La Rioja puso la proa hacia la ciudad de Córdoba. Evocando este largo viaje con paisajes tan diversos como las arenas ardientes de los Llanos, y los encantos del valle de la Punilla, o quizás de Jesús María y Caroya, donde se encontraban antiguas estancias jesuíticas, ahora abandonadas, Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz la imagina entrando en los ranchos de los puesteros, en parte por descanso y en parte por celo apóstolico, para compartir con ellos el mate hospitalario, dejando caer, entre sorbo y sorbo, algunos de esos dichos suyos, tan criollos, que penetrarían sin duda en lo más profundo del espíritu, despertando los buenos deseos que allí dormían. Sin duda que en ese trayecto ha de haber escuchado las guitarras de algunos gauchos payadores, cantando sus coplas en torno a un fogón.

Llegó, por fin, a Córdoba. Ya estamos en el año 1777. Resulta más que probable que una de sus primeras visitas fuese a la iglesia de la Compañía y la antigua capilla doméstica a ella contigua, ambas bellísimas, así como a la Catedral, los conventos de Santo Domingo, las Teresas y las Catalinas. En esta ciudad la invitación de María Antonia encontró amplia acogida. Su encanto personal hizo que pronto conquistase la amistad de numerosas personas de alcurnia, entre otros de Ambrosio Funes, hermano del conocido Deán. Gracias a él y sus parientes, comenzaron a darse los Ejercicios en la antigua casa que para ese fin habían tenido los jesuitas y que volvió a habilitarse.

A lo largo de casi dos años, María Antonia llegó a organizar no menos de sesenta tandas en la ciudad de Córdoba, con un promedio de 250 ejercitantes por tanda. En carta al P. Gaspar Juárez le dice: "En esta ciudad de Córdoba se han dado [los Ejercicios] durante catorce semanas, y cada semana había más de 200 personas y alguna vez 300, sin que, gracias a Dios, haya

jamás habido confusión, ni se hayan sufrido molestias por habitaciones y por víveres, a pesar de que todos los gastos se hayan cubierto con limosnas. La Providencia nos ha provisto tan bien que al mismo tiempo se ha podido ayudar a los pobres y a los presos”.

Como se ve, el número de ejercitantes fue ingente. Luego escribiría Ambrosio Funes: “Fueran tantas las conversiones que se podrían hacer largas listas de los que confiesan que María Antonia los ha puesto en la senda del bien, después de sacarlos del camino de perdición. Hubo un momento en que los habitantes se preguntaban: «¿Qué es eso que pasa en Córdoba?». Más adelante, dejaron de hacer esa pregunta, pues debieron hacer otra: «¿Qué es lo que pasa en mí?»”.

Santiago, Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, Córdoba. He ahí los principales jalones de este largo caminar para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. No otro fue el designio de San Ignacio al instituir la Compañía, designio que María Antonia, “tan celosa como Teresa de Jesús, e incomparablemente más andariega que ella”, según ha dicho el P. Furlong, hizo suyo propio. Y conste que lo realizó en medio de tantas austeridades y fatigas, que sus biógrafos coinciden en decirnos que no comprenden cómo se bastó para tales trabajos, débil y delicada como era.

A juicio de un biógrafo suyo, “no conoció el miedo”, o, digámoslo mejor, lo conoció, pero supo vencerlo con el auxilio de Dios.

En 1780, María Antonia escribiría así al P. Juárez: “La vehemencia irresistible de este principio y el anhelo de heredar el espíritu de quien estableció, entre otros prodigios de la gracia, los ejercicios espirituales, con el proyecto de reformar las costumbres de todo el mundo y cristiandad principalmente, me han constituido en la profesión de esta parte de su Instituto. Toda la

Provincia de Tucumán, sus ciudades y jurisdicciones, quedan exhortadas, habituadas y dispuestas a continuación, después de haberlos recibido en distintas ocasiones. Su Divina Majestad se sirvió adornar a sus vecinos de una docilidad y amor para recibirlos, por mis reconvenciones (es verdad) menos, que por su celestial inspiración. Tan piadosamente dispuestos encontré los corazones de sus moradores que, sin extrañarlos (como que se hallaban insinuados y nutridos de ellos tan de antemano), ni repugnarlos, obedecieron la voz de su pobrecilla sierva, resolviendo tomarlos en mi presencia y reiterarlos en mi ausencia”.

6. *Hacia Buenos Aires*

Córdoba no fue el término de su peregrinaje apostólico. Desde dicha ciudad le escribió al virrey de Vértiz, el 6 de agosto de 1777, expresándole su deseo de continuar en Buenos Aires la obra de los Ejercicios. “En esta demanda, Exmo. Señor, he corrido todas las ciudades de esta Provincia del Tucumán”.

María Antonia vuelve a ponerse en marcha, acompañada de otras beatas. Ciento cincuenta leguas deberán andar para llegar a la capital del virreinato. Viaje arduo, como lo podemos imaginar, lleno de aventuras. Para vadear el Río Tercero, debieron valerse de una especie de canastas de cuero de toro, que acondicionaron con la ayuda de los criollos del lugar. Tenían que descansar donde las tomase la noche, a veces al raso, otras en algún rancho o aldea, cuando podían llegar a tiempo. La pampa siempre igual, se les hacía larga, interminable, bajo el constante peligro de los indios en acecho de botín, por magro que fuese. Pasaron por Pergamino, Arrecifes, San Antonio de Areco, y Luján, donde sin duda se han de haber detenido para venerar a Nuestra Señora.

III. La Beata en Buenos Aires

Si del anterior itinerario de la Beata contamos con informaciones sucintas, no sucede así cuando se trata de su estadía en Buenos Aires, donde, salvo alguna interrupción, permanecerá hasta el fin de su vida.

1. Su llegada

Grande ha de haber sido la alegría de María Antonia cuando desde lejos pudo divisar Buenos Aires. La ciudad que tenía ante su vista era una ciudad pequeña, o, mejor, una gran aldea, en nada comparable con otras capitales virreinales como Lima o México, ciudades éstas ricas y de gran belleza arquitectónica. Muchas de sus calles estaban aún sin empedrar, de modo que las lluvias frecuentes la volvían intransitable.

La Beata y sus compañeras entraron por el oeste. Sin conocer nada, tomaron por una angosta calle de tierra, casi un sendero, con la intención de llegar a alguna iglesia donde poder descansar.

La facha de este grupo de mujeres, polvorientas, extenuadas, con raros vestidos, inusuales en Buenos Aires, no podía menos que suscitar la hilaridad de los que con ellas se cruzaban. Un grupo de chicos, tomándolas por locas, comenzaron a burlarse, tirándoles piedras y puñados de barro. Precisamente en esos momentos vieron un templo, o mejor, una capilla, a la entrada de la ciudad, la iglesia de La Piedad. Era un edificio de reciente construcción, de ladrillos cocidos y techo de tejas. Agotadas, pero contentas, entraron en él, y cayeron de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora de la Piedad del Monte Calvario.

Desde siempre María Antonia había sido muy devota de la Virgen de los Dolores. De ahí su sorpresa y su alegría al toparse

con una imagen de dicha advocación. Sabemos que allí el Señor la consoló con una notable inspiración, mostrándole que la obra que se aprestaba a realizar en Buenos Aires sería fructuosa y duradera. Podríase así decir que los dos lugares donde se sintió especialmente inspirada para llevar adelante la obra de su vida, la promoción de los Ejercicios, fueron la celda aquella de San Francisco Solano, en la ciudad de Santiago, y la iglesia de La Piedad, en Buenos Aires.

Fue quizás por esta razón que, estando próxima a la muerte, pediría ser sepultada en esta iglesia, tanto por su amor y devoción a la Virgen de la Piedad, como por haberle Dios confirmado allí en su propósito apostólico, siendo la primera iglesia donde entró a hacer oración en la ciudad de Buenos Aires.

2. *Arduos trámites*

Una vez que ella y sus compañeras entraron en la ciudad, se alojaron en casa de una familia santiagueña, desde donde María Antonia comenzó a hacer públicos sus designios. El ambiente de Buenos Aires no le fue propicio. A pesar de tratarse de una aldea, Buenos Aires era muy pagada de sí misma, y no podía caerle en gracia una figura tan austera como la de esa mujer provinciana que exhortaba a la gente a la conversión. Algunos la miraban como a una loca o una bruja, otros, con extrañeza y desdén. Pero en general se la consideraba como una mujer ridícula, lo que hace palidecer de temor a los más valientes.

En nada contribuía a volverla potable su manifiesto aprecio por la Compañía de Jesús, precisamente en una ciudad donde corrían los más absurdos rumores sobre los miembros de dicha Orden. "¿No será ésta un lego teatino disfrazado?", preguntó una al verla por primera vez. En Italia a los jesuitas se los llamaba "teatinos". La noticia corrió por toda la ciudad.

En carta al P. Juárez, fechada en 1780, María Antonia le dice: "Algunos han reputado, según he dicho, mis pretensiones por locas o por ridículas. No me embaraza este desorden, porque el mundo, siempre fatuo y siempre adverso al Evangelio, debe explicarse con oposición a todo lo que le es contrario. Todas sus objeciones se desvanecen sucesivamente y no sirven de otra cosa que de añadir trofeos y realces a mi misión. Bien me intimó Jesucristo: «Os perseguirá el mundo, pero alentaos; yo he vencido al mundo». A veces me parecen tan necesarias sus contradicciones, que sin ellas quizás desconfiaría de la conveniencia de mis obras; y no puedo menos que conocer que son la señal característica de las proezas que toman su fuerza y origen del mismo Jesucristo".

a) El obispo Malvar y Pinto

Era a la sazón obispo de Buenos Aires Mons. Sebastián Malvar y Pinto. Este franciscano, que había tomado posesión de la diócesis en 1779, gobernaría allí durante seis años, siendo luego promovido a arzobispo de Santiago de Compostela, en España, donde residió hasta su muerte. María Antonia, siempre respetuosa de la jerarquía, le solicitó una entrevista. El Obispo se negó a recibirla. Luego aceptó que fuese a verlo, pero cuando ella llegó, no quiso que pasara, y así una y otra vez. María Antonia soportó con entereza tales desaires, retirándose serenamente cada vez que le decían que no sería atendida. Sin duda el Obispo, a cuyos oídos había llegado la fama de esta santa mujer, quería probarla, y cerciorarse si su obra era de Dios. Finalmente, acabó por recibirla.

En referencia a este contratiempo, cuenta la Beata en una de sus cartas: "Hoy me hallo en esta ciudad fomentando la propagación de la misma empresa [de los Ejercicios], y aunque

hace once meses que estoy demorada por defecto de licencias del Ilmo. actual (cuando más he merecido promesas sin efecto), con todo mi fe no varía y se sostiene en quien la da. Se me ponen varios impedimentos: el mundo está un poco alterado; los superiores no muy flexibles; los vecinos vacilando sobre mi misión; otros la reputan de fatua; en suma, cooperaron a ello rumores frívolos; empero la Providencia del Señor hará llanos los caminos, que a primera vista parecen insuperables. «Todo lo puedo en el que me conforta».

Estos meses de esperas y desdenes fueron sumamente dolorosos para ella, nueve meses de paciencia y perseverancia. Como se diría con tanto acierto en la solemne oración fúnebre que a su muerte se pronunció en su honor, “nueve meses continuos, pero nueve meses de congojas y de lágrimas, le cuesta el parto de los hijos que había de dar a luz de la gracia en Buenos Aires”.

Dios no la iba a dejar desamparada. Justamente en ese tiempo llegó de España a Buenos Aires, para ser consagrado, el nuevo obispo de Córdoba y de todo el Tucumán, José Antonio de San Alberto. Este prelado, que era carmelita, sería uno de los grandes obispos de nuestra Patria, como lo mostrará su futura gestión en Córdoba. Sabemos, asimismo, que tenía un concepto muy favorable de los Ejercicios. María Antonia lo captó de inmediato: “Es un sujeto de muchísimas cualidades, santo y sabio, y con cuantas otras prendas que se pueden apetecer, capaces de equipararse con los Padres primitivos”. El hecho es que de San Alberto influyó sobre el obispo de Buenos Aires para que otorgara el permiso que María Antonia tan tesoneramente le solicitaba.

Pero no se limitó a ello el novel Obispo. En sus frecuentes conversaciones con la Beata le interesaron tanto sus proyectos, que la invitó a acompañarle a Córdoba para que le ayudase en su labor pastoral. Acerca de dicha propuesta escribe María Antonia:

“Los designios que lleva para efectuarlos en nuestra Provincia de Córdoba, son los más adecuados para un verdadero pastor; y, si no fuera por demorarme, yo haría aquí un elogio de ellos. Por ahora, baste decir que me ha propuesto regresar a su diócesis, para que juntos corramos su Provincia: yo sin variar de profesión, y él en calidad de confesor, pastor y misionero... Él sale mañana para Córdoba. Yo estoy muy contenta con este hombre raro, y confío en mi Dios que lo ha traído para cosas grandes”.

Aunque María Antonia no pudo aceptar la generosa invitación de de San Alberto, el hecho es que, a instancias de éste, el obispo Malvar y Pinto cambió totalmente de opinión respecto de ella, dándole un respaldo tan inesperado como total. No sólo autorizó a iniciar en Buenos Aires la obra de los Ejercicios, sino que los recomendó públicamente, pagando un elevado alquiler para que la Beata pudiese disponer de una casa adecuada, con capilla y oratorio; asimismo dispuso que ningún clérigo se ordenase sin que primero pasara por los Ejercicios y ella certificara su conducta en los mismos.

Cuatro años después, en carta al Papa, Mons. Malvar le relataría las vicisitudes soportadas por María Antonia, su paciencia, su serenidad, la ulterior concesión del permiso y los inmensos beneficios que de ello se siguieron, llenando de gozo su corazón de pastor. Había demorado tanto la tramitación de este asunto, le dijo en aquel informe, porque quería entender bien la idea y el fondo del proyecto, antes de acceder a sus demandas. Pero ahora estaba feliz por los resultados. Cuando, años después, Mons. Malvar fuese destinado a su nueva sede de Santiago de Compostela, mostró su deseo de llevársela allí a María Antonia, cosa que por cierto no se concretaría.

b) El virrey Juan José de Vértiz

Una vez obtenido el permiso eclesiástico, fue necesario solicitar del Virrey la autorización para abrir una Casa de Ejercicios.

Antes de relatar lo que sucedió respecto de esta última súplica, digamos algo sobre el ambiente político que imperaba en Buenos Aires por aquellos tiempos. No hacía mucho que se había creado el Virreinato del Río de la Plata, con sede en la ciudad porteña. Las corrientes liberales y masónicas, florecientes en España, llegaban subrepticamente a América. En los barcos españoles venían libros de Montesquieu, Diderot, los Enciclopedistas, Voltaire, Rousseau y otros, escasos, quizás, pero suficientes para despertar ecos de esas teorías en nuestras tierras, socavando el edificio de la sociedad tradicional. El espíritu de la Revolución francesa, próxima a estallar, flotaba ya en el ambiente, suscitando anhelos libertarios y también emancipatorios no sólo de España en cuanto a autoridad política, sino de la España que nos engendró a la catolicidad. En un contexto inmediatamente previo, había acaecido la expulsión y luego supresión de la Compañía. Se ha dicho que quizás los jesuitas hubieran estado en mejores condiciones que los miembros de otras Ordenes religiosas y del clero diocesano, para enfrentar con solvencia la invasión de las nuevas ideas. No en vano en 1785 el P. Manuel Trujillo, Comisario General de Indias, recomendaba a los frailes franciscanos que se preocupasen por su formación doctrinal, única manera, decía, de "echar abajo los impíos sistemas de Maquiavelo, Espinosa, Hobbes, Vanini, Voltaire, Rousseau y Montesquieu". Sin armas, decía, ¿cómo saber refutar el Emilio, la Enciclopedia? Pero había algo peor: sacerdotes realmente estudiosos, pero que comenzaban a sentirse atraídos e incluso entusiasmados por aquellas doctrinas disolventes de los llamados "filósofos".

Mas ello no era todo. Buenos Aires pasaba también por una época de decaimiento en las costumbres. Hacia el año 1773 había llegado a oídos del confesor del Rey de España la noticia de ciertos abusos en dicha ciudad. Enterado de ello, el monarca envió una Real Ordenanza al entonces gobernador de Vértiz donde le requería que se corrigiesen aquellos abusos, por lo que dicho gobernador tomó algunas medidas concretas, como por ejemplo contra los bailes obscenos de negros, los baños en el río de personas de ambos sexos, el uso de máscaras y disfraces durante el Carnaval, por los excesos que de ello se seguían. Asimismo el Cabildo advirtió contra las faltas de moral y el descaro con que se vestían las mujeres.

La llegada de María Antonia a la ciudad de Buenos Aires trajo consigo una esperanza de mejoría tanto en el campo de las ideas como en el de la moral pública. Sin embargo el propósito de la Beata se complicaba por el hecho de que de Vértiz, antes Gobernador y ahora Virrey, cuya gestión fue próspera para Buenos Aires desde el punto de vista económico, estaba contaminado por algunas de las ideas de los "filósofos". ¿Qué le diría a aquella mujer extraña, vestida de negro, descalza, con una cruz de madera en la mano, que se le acercaba para pedirle el permiso de establecer una casa de retiros? Si el Obispo tuvo dudas, el Virrey decididamente no las tuvo. La tomó por loca, y la despachó de su presencia. Para colmo, de Vértiz sentía una antipatía poco menos que visceral por la Compañía de Jesús. Y así, tras una tramitación que se prolongó por varios meses, acabó por negarle personalmente la autorización, con palabras descomedidas contra los jesuitas. Lo que entonces pasó nos lo cuenta Ambrosio Funes en carta al P. Juárez: "Oyendo esta desproporción de juicio, la Beata le contestó lo que venía al caso, le dio las espaldas y se mudó con sencillez", dejándolo prácticamente con la palabra en la boca.

Sin embargo, no cejó en su intento. Convencida de la justicia de su causa, con esa libertad de espíritu tan propia de los santos cuando defienden la causa de Dios, se presentó de nuevo en el Fuerte y le expresó al Virrey con gran energía el daño considerable que estaba causando a los pueblos con su obstinada negativa. Al parecer, sus palabras lo impresionaron y el que hasta entonces se había rehusado tajantemente a renovar "esa cosa jesuítica", le concedió lo que solicitaba.

Coincidió con estos trámites la llegada a Buenos Aires de Manuel de Guirior, juntamente con su esposa. Guirior había sido nombrado en 1775 virrey del Perú, pero por falsos informes del visitador Areche, que ambicionaba para sí dicho cargo, fue sustituido en el mismo y llamado a España para dar cuenta de su gestión; allí se lo declararía inocente, muriendo poco después, en 1788. Pues bien, a su paso por Buenos Aires, tanto el ex Virrey como su mujer frecuentaron a María Antonia, llegando a obsequiarle un precioso altar de jacarandá, con incrustaciones de nácar y adornos de oro y plata, que se conserva actualmente en el cuarto de la Casa de Ejercicios donde murió la Beata, y se lo suele llamar "el altar de la virreina". Mas no se contentó el ex Virrey con mostrarle su amistad, sino que además influyó para que de Vértiz mirara a María Antonia con mayor benevolencia. Refiriéndose al rechazo inicial de éste último y a su ulterior cambio de actitud, escribe Ambrosio Funes al P. Juárez: "Muy disgustada y resentida quedó [la Beata] de la indolencia o poca comprensión que mostraba dicho caballero a los Ejercicios de su vocación. No obstante, ya Dios le recompensó en esta parte con ventajas poco después, al arribo y tránsito de los Virreyes... Si un Virrey le negó su estimación, dos Virreyes la honraron cuanto lo permitía su carácter".

Resulta curioso, pero así como un obispo de paso, de San Alberto, influyó en el obispo residencial, Mons. Malvar, así tam-

bién un ex Virrey de paso influyó en el Virrey del lugar. Son los socorros que Dios manda en ayuda de los suyos.

Sin duda que este año ha de haber sido muy duro para María Antonia, lleno de idas y venidas, del Obispo al Virrey, del Fuerte al Palacio episcopal. En carta de 1780 escribe: "Hoy me hallo en esta ciudad, que como Capital y Corte, donde residen Obispo y Virrey, fue necesario experimentar ambas voluntades, que al fin quedaron concordes con la de Dios y con la mía. Se propusieron cortos embarazos al principio; pero la perseverancia (sic) del Señor ha hecho llanos los caminos que a primera vista parecieron insuperables". Destaquemos la belleza de esta idea: las voluntades del Obispo y del Virrey finalmente se pusieron de acuerdo con la de Dios y con la suya.

3. *Las dos primeras sedes*

Tratábase ahora de poner manos a la obra. Lo primero que había que hacer era encontrar una casa adecuada. Hasta su expulsión, los jesuitas contaron con Casas de Ejercicios en las ciudades donde residían. Por ejemplo en Córdoba tenían dos, una para hombres y otra para mujeres. En Tucumán una, además del colegio. Lo mismo en Santiago. En Buenos Aires había dos casas a ello destinadas, una para hombres, en el colegio de Belén (actualmente cárcel de mujeres, junto a San Telmo, en las calles San Juan y Defensa), y otra para mujeres, cerca del colegio de San Ignacio (Alsina y Perú, hoy demolida por la construcción de la diagonal Sáenz Peña).

En ninguna de estas dos casas podía pensar María Antonia, ya que habían sido expropiadas por el gobierno. Sin embargo, según ella misma nos dice, "como son de Dios todas las [casas] que poseen los hombres, un pobre de éstos me ha cedido la suya para todo el tiempo que quiera". La casa cedida quedaba

frente a la iglesia de San Miguel Arcángel, de quien la Beata era muy devota. Allí se dieron las primeras tandas de Ejercicios. Para la misa y los sacramentos, los ejercitantes cruzaban la calle e iban a la iglesia de San Miguel. A dichas tandas, nos cuenta María Antonia, concurrieron "señoras principales", que no rehusaban "mezclarse con las pobrecitas domésticas, negras y pardas, que admitió con ellas". Pero la gente ya no cabía. "Su capacidad admite poco más de 100 personas con mucha incomodidad. Como en los primeros y segundos Ejercicios concurrió poca gente, se dieron con regular desahogo. En los terceros empezaron a sentir su estrechez, porque llenaban toda la casa. Y últimamente en los cuartos, que estamos, nos han oprimido con exceso, y tanto que es preciso privarles la introducción de catres y cujas, para que así se den lugar a otras, tiradas en el suelo sobre esteras, chuces y colchones".

A una de aquellas tandas asistió el ya mencionado nuevo obispo de Tucumán, fray José Antonio de San Alberto. Fue allí donde le propuso irse con él al Tucumán, según lo señalamos anteriormente.

En 1781 llegaban a 29 las tandas organizadas. El fervor cundía como un contagio. El obispo Malvar, que se sentía hondamente satisfecho, la ayudó cuanto pudo, incluso a veces dando él mismo algunas pláticas. También acudió el ex virrey del Perú, don Manuel Guirior. María Antonia organizó en esa casa tandas especiales para sacerdotes, sobre todo párrocos de las principales iglesias de Buenos Aires y de la Provincia. Y luego para seminaristas; el obispo había resuelto "que ningún seminarista se ordenase sin que primero la Beata certificase la conducta con que se hubiesen portado en sus Ejercicios".

La concurrencia a las tandas era siempre más numerosa. En carta al P. Juárez le dice que "en cada una de ellas concurrió más de 200 ejercitantes".

Téngase en cuenta que no sólo se inscribían los habitantes de la ciudad. Porque, según ya lo hemos dicho, María Antonia se dirigía con frecuencia al campo para invitar a la gente de esos parajes. A pesar de lo poco poblado que estaba entonces la campaña contigua a Buenos Aires, había en sus alrededores algunos pueblitos, como Morón, San Isidro, San Fernando, Quilmes, Luján, Magdalena, etc. También había estancias, a pocas leguas de la capital, algunas antiguas e importantes, como por ejemplo la del Pino, en Matanza, que databa de 1620, y así otras. La Beata, con su pequeño carrito, donde recogía limosna para ayudar a los ejercitantes más pobres, invitaba a la gente de campo, sobre todo para la tanda de Semana Santa. Se nos cuenta que a veces llegaban algunas mujeres a los retiros y le pedían al predicador: "¡Padre, treinta, cuarenta leguas he venido para estar en Ejercicios. Por Dios, no me deje fuera, que he dejado mis hijitos al cuidado de una vecina mía para lograr estos santos Ejercicios, que quizás serán para mí los últimos! Padre, he dejado mi chacrita, mis animalitos, sólo para venir a esto". En ocasiones, la casa ya no daba para más. Entonces María Antonia suplicaba a las de Buenos Aires que cedieran el lugar a aquellas pobres. Pero como ninguna aceptaba, les decía: "Pues, señoras, se estrecharán, porque yo no he de dejar estas pobres almas, que no logran el pasto espiritual que ustedes toman todo el año".

Era la Beata quien buscaba personalmente a los sacerdotes que debían dar los Ejercicios, eligiendo a los que más se destacaban por su virtud. Uno de ellos fue el P. Diego Toro, benedictino, otro el P. José Arredondo, dominico, así como el P. Jordán Perdel, también dominico; este último sería el que pronunciase la oración fúnebre de María Antonia. No deja de resultar interesante que un apostolado como el de los Ejercicios, tan propio de la Compañía de Jesús, fuera ejercido por sacerdotes que no eran jesuitas. Es que los Ejercicios no son patrimonio exclusivo

de la Compañía, sino herencia de la Iglesia universal. Así como Santo Tomás no es patrimonio exclusivo de la Orden de Santo Domingo, sino Doctor común de la Iglesia, así lo es San Ignacio en lo que toca a los Ejercicios Espirituales. María Antonia tenía un especial discernimiento en la elección de quienes debían predicar, evitando para ello hasta la intervención del propio Obispo, en lo que éste gustosamente consentía, asistiendo él mismo muchas veces y ayudando a confesar. Tampoco se ataba siempre a los mismos Padres, sino que buscaba a los más adecuados para cada tanda. En carta al P. Juárez le dice: "Nunca me parece conveniente el señalar Director: lo primero porque no lo tengo fijo; y lo otro, porque aunque tengo hoy uno, puede no ser apto éste, y quiero tener la libertad de elegir otro: porque mi fin es ir adelantando más y más en este ejercicio, y no quiero estorbo ninguno".

Eso sí, se preocupaba porque los Ejercicios fuesen siempre auténticamente ignacianos. Por eso podía escribir al mismo P. Juárez: "Los ejercicios no discrepan en nada de los que los Padres daban; sólo sí, lo que he añadido, es que sean de diez días contando desde el día que entran hasta el día que salen".

Hemos dicho que la casa que se empleaba para las tandas, ubicada frente a la iglesia de San Miguel, resultaba cada vez más estrecha. En 1783, María Antonia decidió cambiar de lugar, ocupando un local más amplio, aunque de alquiler más barato, situado a los fondos de la iglesia de Montserrat, en la actual calle Moreno.

Allí se multiplicó el número de los asistentes. Entusiasmado el obispo Malvar con los frutos espléndidos de la obra, y ya nombrado para ser obispo de Santiago de Compostela, escribió en un Informe elevado a Roma el año 1784: "Hasta el día de la fecha pasan ya de quince mil almas, las que hicieron los Ejercicios en esta Casa, sin que a ninguna se le haya exigido ni un

dinero por los diez días de su estada y abundante manutención... El arreglo y método que se observa en estos Ejercicios sobre tener nuestra expresa aprobación, es tan inmaculado, que convierte las almas; porque aquí se ven sujetos, que por vivir en las vastas campañas de esta Diócesis, lejos de Parroquias y Curas, unos que nunca se han confesado; otros porque en muchos años no lo han hecho, y todos con arrepentimiento verdadero, lloran su estragada vida, y conciben firmes propósitos de enmendarse; los tibios se enfervorizan, los fervorosos se alientan a correr; y finalmente en todo, y en todos, se palpa el aprovechamiento espiritual y adelantamiento en la virtud, de modo que hallándonos próximos a embarcarnos para España, con motivo de habernos presentado Su Majestad Católica para el Arzobispado de Santiago...”.

Este texto corresponde a una solicitud que María Antonia le había dirigido al Obispo rogándole que pidiese a Roma la concesión de indulgencias para quienes hiciesen al menos tres días de ejercicios en el año. Resulta gracioso que de Roma se le contestase a Mons. Malvar: *“Reformentur preces”*, es decir, cámbiese la fórmula de petición, ya que en la súplica enviada, de manera natural, la Beata decía “los Ejercicios de San Ignacio”. ¡Fue menester volver a copiar el texto omitiendo el nombre del Santo!

Con o sin el nombre de Ignacio, los Ejercicios continuaban viento en popa. En 1787, la Beata le escribe al P. Juárez diciéndole que se veía obligada a organizarlos con tanta frecuencia, “que hay ocasiones que salen unos el día de hoy, y al otro día, o un día de por medio, abrir las puertas para que otros entren, siéndome muchas veces doloroso el no poder dar al mismo tiempo, si fuera posible, tanto a hombres como a mujeres, según es el empeño con que concurren para ser preferidas las mujeres, o ya los hombres, para que a ellos se les dé; pues, es tal que, si

sólo se diera a los hombres con la continuación que se da, nunca podría agotar a la multitud de ellos, porque continuamente vienen de muy dilatadas leguas. Y lo que llevo dicho de los hombres pasa igualmente con las mujeres". Más aún, señala en otra carta al mismo Padre, ha sucedido a veces que unos terminaban por la mañana y otros entraban por la tarde. Y ello en cualquier estación del año, "con que aquí puede Vuestra Merced venir en conocimiento cuán útil sea no parar".

¿Cuál era el papel de la Beata durante las tandas? Hacía de todo, menos predicarlas. Siempre presente al cúmulo de necesidades que se iban presentando, ubicaba a los ejercitantes en sus respectivos cuartos, buscaba otros sacerdotes cuando llegaba el momento de las confesiones, cuidaba el cumplimiento del horario... Incluso a veces era consultada en cosas del espíritu por algún ejercitante. En dichas ocasiones, como le cuenta Funes al P. Juárez, las pocas palabras que decía brotaban de la reflexión y se dirigían al corazón más que al oído; teniendo la simplicidad de la paloma, no carecía de la prudencia que recomienda el Evangelio. Para esta dirección de la tanda, tan silenciosa como efectiva, se hacía ayudar por un grupo de mujeres, a las que también había elegido cuidadosamente: "Todas cuantas tengo, sean blancas o criadas que están dedicadas a servir en el ministerio de los Ejercicios, todas tratan de virtud con gran solidez, y no merezco ni aun servir las". Incluso llegó a manifestar cierto escrúpulo por una de ellas, que era muy hermosa y "había sido antes cortejada", temiendo que no fuese fiel a su misión. Sólo tras haberlo pensado mucho, cedió, al ver que aquélla "aspiraba con ansia a la perfección".

En estos momentos comenzó a recibir invitaciones desde diversas partes del país. De Córdoba, de Santiago, de Tucumán, le escribieron exhortándola a regresar a esas ciudades, ya que tenían necesidad de su presencia para que consolidase allí la

obra que había iniciado. Pero ella contestó que no le era posible. Buenos Aires la había adoptado para siempre. Asimismo el Virrey y el Obispo, sabedores de toda su valía, se opusieron a cualquier posible traslado.

Hemos escuchado que los Ejercicios, de casi diez días, eran enteramente gratuitos. ¿Cómo se podía mantener semejante emprendimiento? Ella misma nos lo dice: "Los medios temporales para mantener a los ejercitantes, tantos millares que los han tenido desde el principio hasta ahora y casi sin cesar en tantos años; para mantener a los sirvientes; para pagar los alquileres crecidos de las grandes casas de Ejercicios y para otros gastos conducentes a este fin; estos medios, digo, son muy visibles a todos, que son solamente de la Divina Providencia. Porque, ¿cómo podía yo, miserable, hacer todo esto? Baste decirlo que ni yo lo entiendo cómo ha ido todo, pero quien lo ve, no puede negar ser así todo verdad".

Es cierto que durante el día solía recorrer las calles de la ciudad, conduciendo un pequeño carrito donde se depositaban las limosnas; ella iba a pie y llevaba el caballo de la rienda. Sus contemporáneos nos la describen caminando incesantemente, con una sotana de tela gruesa como estopa, que cubría su ropa interior (aún se conserva una túnica hilada de una pieza, tejida a mano); pendiente del cuello, la imagen del Niño Dios, ya bastante gastada cuando llegó a su poder. Pero sus viajes de limosnera no alcanzan a explicar cómo se mantenía la obra. Sólo la Providencia da razón acabada de ello, según nos lo acaba de declarar. Porque aunque las limosnas aflúan generosamente, no siempre resultaban suficientes, o a veces no llegaban a tiempo; entonces era cuando recurría al Señor o a la Santísima Virgen, diciendo "Dios proveerá", o "Manuelito nos lo ha de dar", o también: "Nuestra Abadesa nos lo proporcionará, id a pedirselo" (la Abadesa era la Virgen de los Dolores). Con estas pala-

bras, al tiempo que mostraba su absoluta confianza en la Providencia, disimulaba modestamente el don de hacer milagros que Dios le había concedido, y de que nos hablan numerosos testigos.

El más impresionante de dichos prodigios fue la frecuente multiplicación maravillosa de alimentos. En cierta ocasión, se nos cuenta, había más de cien mujeres haciendo Ejercicios, y la comida no alcanzaba ni siquiera para treinta. La cocinera estaba muy preocupada, y antes de pasar la comida por el torno, avisó a la Madre. Ella, sin perder la calma, le dijo: "No puede ser, hija, ha de alcanzar, Dios proveerá". Entrando en la cocina, tomó el cucharón y empezó a servir ella misma. Las fuentes se vieron repletas, de modo que no sólo alcanzó para todas las ejercitantes, sino que incluso sobró como para dar a los pobres que estaban en la portería esperando limosna. La cocinera se acostumbró a ello, de modo que decía: "¡Sobra hasta para dar a los pobres!".

Tal fue la labor de María Antonia en estas dos primeras Casas de Ejercicios, la de la iglesia de San Miguel y la contigua a la iglesia de Montserrat. Pero su trabajo no se desarrolló sólo *ad intra* de dichas casas, reduciéndose estrictamente a la obra de Ejercicios. También se extendió hacia fuera. Como escribe Funes en carta al P. Juárez, por el ascendiente que tenía en la ciudad, la gente rica ponía sus bienes a su disposición, los mundanos renunciaban ante ella a sus vanidades, los militares y las autoridades políticas escuchaban sus recomendaciones; incluso algunos de los llamados "filósofos", hombres mundanos, se beneficiaban de sus consejos. María Antonia no descuidó ni siquiera a los presos, a los que visitaba explicándoles las verdades mismas de los Ejercicios, pero adaptadas a su situación. De ahí lo que dice Funes en la misma carta: "Todo el mundo la llama «Madre», y se puede decir que es verdaderamente una buena ma-

dre para todo el mundo... Exceptuando las funciones del Sacerdocio, no hubo ningún medio de llevar las almas a Dios que ella no supiese emplear".

Se podría decir que María Antonia, a través de sus ejercitantes, transformó la ciudad de Buenos Aires, como antes lo había hecho en Santiago, en Salta y en Córdoba. Aquéllos salían de los Ejercicios como los apóstoles del Cenáculo, movidos por un viento impetuoso, dotados de lenguas de fuego. Así lo constataba el Obispo: "Si María Antonia supiese el gran bien que hace con los ejercicios espirituales, sólo respecto al matrimonio, enderezando los desórdenes y las costumbres viciosas, jamás querría dejar de continuarlos y de extenderlos".

No era necesario que el Obispo se lo recordase. Ella misma lo sabía perfectamente: "Tal ha sido la edificación de la ciudad y ha habido una mudanza tan conocida que personas de suposición dicen que son efectos de los Ejercicios". Una prueba de este influjo social y transformante de los Ejercicios, lo constituyó el desenlace de un proyecto "no tan santo" que, en su afán "progresista", había promovido el virrey de Vértiz. Así lo relata la Beata al P. Juárez, en carta de 1786: "Y para mayor prueba de esto, pusieron una casa de comedias, hará dos para tres años de esto, se empezó con mucho empeño, pero como en los días que se hacían estos ejercicios eran los mismos días que habían comedias, concurría mucha gente a dichos ejercicios y ninguna a las comedias; de suerte que ya se han visto en la precisión de quitarlas, clamando que no podían soportar, por los muchos gastos y ninguna utilidad que tenían, porque ya no había gente que fuese, pues se presentaron al Señor Virrey para que se quitasen. Y en realidad, que así clamaba yo a Su Majestad, que a las comedias les diera calentura lenta; y ha pasado lo mismo que yo deseaba, pues lentamente se han acabado".

Como se ve, el influjo de la Beata rebasaba los muros de las casas de Ejercicios. En alguna ocasión llegó a ser mediadora entre el Obispo y el Virrey. En favor de los pobres empleó su ascendiente sobre las personas acomodadas y los gobernantes, recordándoles sus deberes, y exhortándolos a usar bien de su dinero. Nunca pidió para sí. Cuando pidió fue para la obra de los Ejercicios y para los pobres, dándoles a éstos todo lo que le sobraba de lo primero.

Con el deseo de consolidar mejor su obra en Buenos Aires, comenzó desde 1785 a establecer un beaterio, como lo había hecho en otros lugares. "Petrona de San Ignacio ya es beata —escribía en una de sus cartas—, pues el día de San Luis Gonzaga tomó la sotana; y todas están clamando lo mismo, y yo las estoy entreteniendo hasta que sea tiempo, que les iré dando poco a poco". Su espíritu estaba lejos de todo proselitismo masivo. Al entusiasmo de sus seguidoras, respondía con la prudencia de una santa. Para 1787 la lista se había acrecentado y eran varias las candidatas que golpeaban las puertas del beaterio.

4. Su amor a la Compañía de Jesús

Un rasgo de la personalidad espiritual de María Antonia fue su cordial adhesión a la Compañía de Jesús, de cuya obra se consideraba continuadora. En 1785 don Pedro Arduz comunicaba sus impresiones sobre ello al P. Juan del Prado: "De nuestra Beata, Doña María Antonia de San José, digo que esta señora es un vivo despertador de nuestra memoria en estas partes y un portento de la Divina Providencia. Está substituyendo la falta de la Compañía y haciendo ver el puro Instituto de ella sin confusión, en todas sus operaciones y efectos. De modo que me atrevo a decir, que está la Compañía en espíritu en esta pequeña máquina de doña María Antonia como lo está en la Rusia y lo estuvo aquí en 1766".

Recuérdese la inquina que en aquel tiempo existía no sólo contra la Compañía sino contra el propio Fundador de dicha Orden, y de cómo se le negó un permiso relacionado con los Ejercicios por el solo hecho de que en el pedido se decía que eran "de San Ignacio de Loyola"; quitando este odiado nombre todo quedaba expedito. Incluso, ya lo hemos dicho, estaba prohibido pronunciar la palabra "jesuita", y cuando se aludía a los miembros de la Compañía se los llamaba "los expatriados", los Ejercicios que acostumbraban dar "los expatriados", los bienes que pertenecieron a "los expulsos". El temor de desagradar al monarca o a sus representantes, llegaba a estos extremos e inhibía incluso a los que habían tratado con ellos y los apreciaban.

Sobre este telón de fondo resalta más el valor de nuestra Beata. Mientras los demás no ahorraban injurias contra los jesuitas, se avergonzaban de haberlos tratado, o fingían no conocerlos, ella se declaraba públicamente y firmaba "Beata Profesa de la Compañía de Jesús", incluso en sus cartas al Virrey.

El año 1785 María Antonia logró que, por primera vez tras la expulsión, se celebrase el 31 de julio la fiesta de San Ignacio. Don Isidro Lorea, síndico del convento de Santo Domingo, tras la misa en honor del Santo, agasajó a las beatas y a otros admiradores de la obra de Ejercicios. Se cantó el oficio litúrgico de las vísperas de San Ignacio en la iglesia de los dominicos, que luego quisieron honrarlo especialmente nombrándolo Patrono del noviciado.

Otra prueba de su amor por la Orden nos la ofrece su abundante y afectuosa correspondencia con los expulsados, varios de cuyos párrafos hemos citado en estas páginas, donde no pierde ocasión de consolarlos y alentarlos con ardorosas palabras. Era, por cierto, una escritora infatigable. Esas cartas, transcritas por los P. Furlong, Grenón, Beguiriztain y otros, son co-

mo el diario de su vida. Sobre todo durante su estadía en Buenos Aires, escribió frecuentemente al P. Gaspar Juárez, a Ambrosio Funes, al P. Ventura Peralta, entonces en Roma, y que antes había sido su confesor en Santiago, al P. Nicolás Aráoz, al Obispo, al Virrey. Son numerosas sobre todo las cartas que dirige al P. Gaspar Juárez, su comprovinciano, desterrado y residente en Roma, un espíritu grande como el suyo, con el que se siente hermanado y compenetrado, en comunión de ideales; lo tiene al tanto de las cosas de su padre, que vivía en Santiago, cómo se mantiene bien de salud, fue nombrado alcalde de la ciudad, etc.

En varias de esas cartas refiere lo que Dios estaba operando por su intermedio. "Algunas de estas cosas las diré brevemente, otras no las puedo decir sin gran confusión propia, y las demás, no sabré yo darle razón, porque ni las entiendo, ni puedo alcanzar cómo se han hecho y se hacen sino sólo Dios que es el autor de todo". Cuando el P. Juárez le pregunta cómo van las tandas, le escribe: "Debo decirle que lo que a cada paso experimento es un prodigio. Lo que pasa, no cabría en libros. Las gentes están cada día con más extremos con los Ejercicios, y están siempre porfiando a cuáles han de entrar primero". Son cartas llenas de humanidad y aun de gracejo, buscando principalmente consolar a los amigos con su amistad.

Lo que más padece, y ello se trasunta en su correspondencia epistolar, es el mal que injustamente se hizo a la Orden de su predilección, que ella, a su modo, intenta reparar. Así en 1783 le escribe al P. Juárez: "A Vuestras Mercedes les han ligados los pies y las manos (es verdad) hasta impedirles el uso del oído para confesar; pero nadie puede impedirles el expediente del corazón, ni el que entren por medio de la santidad en aquellas entrañas que de madre son las de Jesucristo; él es quien dirige mis pasos, para recoger la mies que a Vuestras Mercedes no les ha

sido permitido adquirirla por su profesión. Y como ha tantos años que estaba abandonada, se recauda ahora (mediante la voluntad de Dios) con una abundancia prodigiosa". Por eso, como le dice al mismo Padre, "los medios espirituales procuro en cuanto puedo, que son los mismos y de la misma manera como los usaban ustedes".

Nuestra Beata, que tanto sufría por los pesares de la Orden, según se lo reiteraba al P. Juárez: "¿Cuál ha de ser mi padecer al ver la Compañía de mi Manuelito o de mi Jesús retirada, extrañada y desterrada?", soñaba con la resurrección de la Compañía. Al parecer, había previsto la cercana restauración de la Orden. Después de la muerte de nuestra Beata, el año 1803, el P. Juárez, en carta que escribiría a Funes, comunicándole que el General de la Compañía, que a la sazón residía en Rusia, le había concedido una especie de carta de hermandad en la Orden, no dejaría de aludir a aquellas predicciones de María Antonia: "Así de esto, como de los hechos particulares que van viéndose, se puede fácilmente inferir, que se van verificando las conjeturas de algunos hombres prudentes, y aun quizás predicciones de personas ilustradas de Dios, de que la Compañía de Jesús desde un ángulo de la tierra, volvería a propagarse en todo el mundo. Yo me acuerdo que, apenas extinta la Compañía, me escribió Ud. que la difunta Beata María Antonia de San José, le comunicó que no estaba del todo extinta, porque se conservaba una pequeña parte de ella en un ángulo de la tierra, desde donde después se propagaría al resto del mundo; habiéndose figurado ella (o quizás habiéndole manifestado el Señor en su imaginación) al modo que en un gran templo, apagadas todas las luces, se reservase solamente una muy pequeña en un ángulo suyo; por lo que realmente quedaría casi todo el templo como a obscuras, pero que de esta pequeña luz que quedó encendida, mas como escondida, se volviesen a encender todas las demás luces y aun otras de nuevo por ministerio de Angeles;

entonces todo el templo quedaría iluminado aún más que antes. Lo cual parece figura de lo que en realidad sucedería de la Compañía, como se está experimentando, por lo que he querido ahora significarle para que reflexione sobre ello”.

Hemos dicho anteriormente que la Orden, disuelta en todo el mundo, sobrevivió en la Rusia de Catalina. Pero se podría decir que de alguna manera sobrevivió también en la Argentina, en la persona de María Antonia. Así lo dice Ambrosio Funes al mismo P. Juárez: “¡Cuán consolador es, Señor, ver en Rusia, por una especie de protección del Señor, esta Compañía conservada por una mujer cuyo poder conoce todo el mundo [se refiere a Catalina, la Zarina de Rusia], y ver también entre nosotros conservar su espíritu por otra mujer, pobre y desconocida a los ojos del mundo!”.

No fue María Antonia la única en anhelar el restablecimiento de la Orden. Isidro Lorea le escribía al P. Diego Iribarren: “En Lima murió una señora que dejó treinta mil pesos a réditos a una persona nuestra, para que cuando vuelvan los Militares tengan con qué hacer su fuerte”. Los “Militares” eran los miembros de la milicia fundada por el capitán Loyola. Bien decía Ambrosio Funes refiriéndose a nuestra Beata: “Ella misma es una de las grandes almas en quien Dios ha obrado cosas grandes, a fin de sacar a su Religión jesuítica del oprobio en que se halla delante de los hombres”.

5. *La Casa de Ejercicios*

Hemos visto cómo, para sus tandas de Ejercicios, la Beata se había valido de dos casas, la que estaba frente a la iglesia de San Miguel, primero, que luego dejó para buscar otra más espaciosa, en los fondos de la parroquia de Montserrat. Pero aun ésta resultó estrecha. En carta al P. Gaspar Juárez le revela un

nuevo proyecto: "La administración de bienes espirituales que Dios prepara por mis manos, sin embargo de la indignidad con que admito semejantes beneficios y la Divina Misericordia con que para ellos me distingue, me hacen inferir que su Divina Majestad tal vez me conceda terminar mi carrera en la práctica de algún proyecto que produzca utilidades permanentes".

¿Cuál era este proyecto? La erección de una casa grande y propia, para la obra de los Ejercicios, adecuada a las necesidades crecientes del pueblo porteño. El proyecto comenzó a concretarse cuando algunos conocidos le donaron terrenos, en el barrio de la Purísima Concepción, así como un obraje para hacer ladrillos, con la condición de que dicho sitio sólo sirviera para Casa de Ejercicios y beaterio, y no para otro destino, en cuyo caso se anulaba la donación y los bienes obsequiados volvían a los dueños primitivos. Esta primera donación se concretó con varios legados de terrenos contiguos, con lo que se completó un rectángulo irregular entre las actuales calles Independencia, Lima, Salta y Estados Unidos.

Entusiasmada con lo recibido, la Beata se abocó a lo que sería la última obra de su vida, la Santa Casa de Ejercicios, que perdura hasta ahora. En carta a Ambrosio Funes le dice: "Estamos procurando actualmente empezar a edificar la Casa destinada para dicho efecto", y agrega: "Yo procuro obra grande, como de Dios y para Dios". Nos agrada esta expresión, tan propia de su corazón magnánimo: ella quiere una obra grande, no sólo porque su corazón es grande sino porque la quiere dedicar al que es más grande que todos, "obra grande, como de Dios y para Dios". Tal sería su proyecto "de utilidad permanente".

Ciertamente que no todo marchó sobre carriles. Como suele acontecer con las obras de Dios, la Beata encontró dificultades para lograr los permisos necesarios tanto de parte del Virrey como del Cabildo de Buenos Aires. Por lo demás, no era fácil edi-

ficar una Casa de Ejercicios, con todo lo que ella exigía de salones, capilla, dormitorios, enfermería, despensa, cocina, comedores... para cientos de ejercitantes y para el personal de servicio. Como dice el P. Miglioranza, "construir una Casa de Ejercicios con limosnas es duplicar los esfuerzos y los sacrificios tanto que podríamos decir que rozan el heroísmo y apelan al ejercicio de todas las virtudes". Si bien María Antonia proyectó el plan completo de la Casa, tal cual hoy la conocemos, con sus grandes patios enclaustrados, sus austeras celdas, sus blancos corredores con arcadas, las dependencias de servicio, las celdas del beaterio, etc., sólo pudo ver terminada la parte que da sobre la avenida Independencia.

Justamente cuando se aprestaba a acometer este nuevo emprendimiento, recibió una invitación desde Montevideo, para establecer también allí la obra de Ejercicios. Ya hacía algún tiempo que se la requería desde dicha ciudad, pero el viaje se había ido dilatando de año en año. Por fin, en 1791, pudo pasar al Uruguay. Le costó mucho hacerlo, porque su cabeza estaba en otra cosa, la construcción de la Santa Casa. Primero se dirigió a Colonia del Sacramento, donde organizó diez tandas. Luego pasó a San Felipe de Montevideo. Allí, durante casi tres años, se dedicó a promover los Ejercicios, con tandas en las que llegaron a participar 500 personas, "por lo que puse dos oratorios, con sus directores correspondientes que era como dar dos Ejercicios a un tiempo". Sin embargo pronto fue llamada urgentemente desde Buenos Aires, porque su presencia era necesaria para llevar adelante el proyecto de la nueva Casa, y así retornó a esa ciudad.

Las obras avanzaron a buen ritmo, hasta que la Casa de Ejercicios, la Santa Casa, como hoy se la llama, si bien parcialmente construida, estuvo en condiciones de abrir sus puertas. Era ella, como siempre, la que atendía a las diversas necesida-

des que se iban presentando, sea pedir limosnas, inscribir a los ejercitantes, o barrer los corredores. Pero más allá de eso, era ella el alma de la nueva casa, responsabilizándose siempre de todo lo atinente a los problemas organizativos y administrativos de cada tanda. El resto del tiempo lo empleaba, según su costumbre, en obras de caridad, atención de los pobres, visita a los enfermos o a los presos, dándoles buenos consejos y procurando sobre todo la santificación de sus almas.

Prosiguieron, también aquí, los hechos portentosos. Un día no había pan para dar de comer a tanta gente. Imposible ir a comprarlo, porque los negocios estaban cerrados. Cuando una de sus compañeras, sumamente afligida, se lo contó a la Madre, ella le dijo: "Vaya, hija, a la portería, que allí lo hallará". Así lo hizo, y encontró realmente dos canastos llenos de sabroso pan, que nadie supo quién había dejado allí. Otra vez, al término de la comida, necesitaba algún postre para los ejercitantes. Pero no lo había. Salió María Antonia a la puerta de casa y allí encontró un muchacho que tenía dos bolsas de porotos. "Hermano -le dijo la Madre-, dame esos ricos pelones que traes, pues los necesito para el postre". "No son pelones, Mama Antula. Traigo porotos blancos". Pero ella insistió: "Por favor, abre las bolsas". El chico las abrió y con gran sorpresa suya vio que estaban llenas de duraznos pelones, justamente los que la Madre necesitaba.

Al construir la Casa, la Beata previó dedicar un pabellón a las que la ayudaban. Porque había reunido en torno a sí un grupo numeroso de mujeres que se ocupaban de atender el nuevo edificio, servir la comida a los ejercitantes, dar clases de catecismo, enseñar a leer, y actividades por el estilo. La Madre inició con ellas una especie de comunidad religiosa, con su postulado, la vestición de la sotana de San Ignacio, votos privados y obediencia a quien presidiera la casa. Asimismo estableció allí

una escuela para niñas, dirigida por las que luego serían las religiosas de la Sociedad Hijas del Divino Salvador.

En la nueva casa, María Antonia se sentía en la gloria. Su intuitiva psicología le había enseñado que para llegar a la gente más culta convenían los libros, y así se aprovisionó de un buen conjunto de ellos, algunos de los cuales se encuentran aún hoy en la biblioteca del convento, vidas de santos, escritos de devoción, varios de ellos manuscritos. Para la gente sencilla, en cambio, era preferible recurrir durante los Ejercicios a elementos sensibles, entendiendo que la enseñanza penetra principalmente por los sentidos. Por eso hacía que se entonasen saetas religiosas, cantadas con voz recogida pero sonora, sobre las letras de las diversas meditaciones, la creación, el pecado, la Encarnación de Cristo, los misterios de su pasión y resurrección, etc. Pero sobre todo apeló al uso de máximas espirituales e imágenes religiosas. Así, en los arcos del claustro hizo escribir letreros alusivos, sentencias y preceptos, mientras que colocaba en los corredores, de trecho en trecho, imágenes aptas para conmover a los ejercitantes: un Calvario, con el Cristo agonizante, entre la Dolorosa revestida de túnica negra, con el pañuelo en las manos, y San Juan, joven y de rostro descompuesto por el sufrimiento; un grupo que representa el acto de la confesión sacramental, donde el penitente, vestido con elegante traje dieciochesco —zapatos de hebillas, calzón corto, amplia capa negra— se arrodilla ante el confesor, que es un Cristo coronado de espinas; un “Señor de la Humildad y Paciencia”, sentado, en actitud de resignación, como a la espera de los tormentos; una pequeña cabeza de Jesús, obra indígena, esculpida con barro de la calle, pero que muestra toda la tragedia de la Pasión...

Entre las imágenes que ella predileccionó estaba, según ya lo hemos indicado, su famoso “Manuelito”, un Niño recostado sobre la cruz, quien le abría el camino en sus correrías apostóli-

cas. La pequeña imagen es de alabastro u otra piedra algo transparente, y de un tamaño que la hacía apta para ser llevada consigo en los viajes. Probablemente fue trabajada en el Perú, de donde provienen este tipo de imágenes. La que ella llamaba "la Abadesa" es la Dolorosa que se encuentra en el Calvario del corredor central de la Santa Casa, al que acabamos de referirnos.

Otra de sus imágenes queridas fue la del Jesús Nazareno. Refiriéndose a ella le escribe al P. Juárez que "lleva las atenciones de todo el pueblo; está trabajado en el Cuzco y es tal, que parece que él mismo se ha trabajado, según la perfección". Fue regalo de un caballero, don Rosendo Rico, quien se la envió desde el Perú. La imagen, que tiene fama de milagrosa, está considerada como una de las joyas del arte religioso hispanoamericano y actualmente se encuentra en el Oratorio de la Casa, sobre la avenida Independencia, siendo todavía visitada por numerosas personas.

Imaginemos estas imágenes, durante las tandas de Ejercicios, llevadas en procesión por los claustros, en torno al patio central, ese patio tan lleno de señorío, con su clásico aljibe y la gran cruz, coronado por el reloj de sol y la elegante espadaña. "¡Qué paz hay en esta morada del recogimiento donde el tiempo parece haberse detenido! —escribe Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz—. En vano un rascacielo, insolente, en su pretenciosa fealdad, se empina sobre la tapia del convento, para espiar el secreto del augusto recinto".

Tal es la Santa Casa, donde la Beata consumó su obra de veinte años en Buenos Aires, durante los cuales se calcula que hicieron Ejercicios entre 80.000 y 100.000 personas. Nada digamos si contamos desde su muerte hasta ahora.

6. *La impaciencia de los límites*

Los años no dejaban de transcurrir. Desde su partida de aquella lejana Santiago del Estero, la Beata había ido recorriendo una buena parte de la geografía argentina, el Uruguay incluido. Nunca parecía decir "basta". Ello no significa, en modo alguno, que se desinteresara de los sitios donde ya había trabajado. Es propio del apóstol arraigarse en el lugar donde realiza su tarea, pero siempre estando dispuesto a dejarlo, si Dios así se lo pide, aunque sea con el corazón sangrante. En carta al P. Juárez, desde Buenos Aires, María Antonia le dice: "Por lo que toca a las demás ciudades donde se han hecho [los Ejercicios], están clamando por ello. Por esto me están continuamente llamando de nuestra tierra de Santiago, pues me dice don Fernando Ovejero, que están clamando por mí, pues desde que vine, no han tenido allí Ejercicios. Y no sólo me llaman de Santiago, sino también del Tucumán y de Córdoba. Es verdad que en alguna parte se han esforzado a hacerlos, según las noticias ciertas que tengo, con gran consuelo mío... En Salta están haciendo dar los Ejercicios... También en el Tucumán". Semejante preocupación superlocalista nos recuerda el corazón generoso de San Pablo, el apóstol por antonomasia, y su solicitud por todas las Iglesias.

Su alma apasionada ardía de amor, que no otra cosa es el celo apostólico. Prendada de Cristo, sufría al ver que el Esposo divino era preterido u olvidado. Por eso su apremio, su "angustia" por trabajar más y mejor, también en ello semejante a aquel que dijo: "Me gastaré y me desgastaré por la salvación de vuestras almas". En una de sus cartas escribe: "Siempre me ha ocupado el corazón más el deseo de la salvación de las almas, redimidas con la sangre del Hijo de Dios, que las mayores penitencias de los Santos". Ese celo se concretaba en la propagación de los Ejercicios, que era a su juicio una manera eximia de

que las almas se entregasen a Dios. "La misma causa de las almas -decía- me alienta para la poderosa operación de los Ejercicios Espirituales de nuestro gran Padre San Ignacio de Loyola". No exageraba Ambrosio Funes cuando le escribía al P. Juárez: "Es el Javier del Occidente, y el Apóstol de nuestra India".

Revisando sus cartas, advertimos que en muchas de ellas, fechadas en años muy diversos, late siempre el mismo deseo universalista, católico. No bien llegada a Buenos Aires, le escribía así al P. Juárez: "He dado en la provincia de Tucumán 60 ejercicios, aquí [en Buenos Aires] cuatro...Yo quisiera darlos en todo el mundo; por lo que deseo una licencia para que nadie me ciña, sujete, ni detenga a lugar determinado". Se deseaba libre de trabas burocráticas, para poder moverse con libertad donde fuere necesario. Por eso le sigue diciendo al P. Juárez que, como hombre práctico que es, tanto él como sus compañeros que están en Roma, le obtuvieran de la Santa Sede todas las gracias y privilegios posibles que "me son conducentes a hacer más cómoda, interesada y atractiva mi misión, mediante las distancias dilatadas, caminos frágiles, países desiertos, pueblos desprovistos y otros mil inconvenientes que hay que experimentar". Cuando, años después, el P. Juárez le consiguió algunos de estos beneficios, ella se quejó de que quedasen limitados a los obispados de Buenos Aires y Tucumán, "cuando yo, no obstante de que todas las noches pienso amanecer muerta, me hallo con ánimo bastante para correr el mundo y llevar los santos ejercicios a todas las partes donde Dios es conocido". De lo que concluye: "Así, mi amado Padre, espero que lo que se consiga en adelante, venga con más amplitud".

Se ve que era una predisposición muy anclada en su alma, lo más lejana que se pueda imaginar de todo tipo de pusilanimidad o espíritu de capilla. A su amigo cordobés Ambrosio Funes le escribía: "Quisiera andar hasta donde Dios no es conocido

para hacerlo conocer... Seguiré no digo a España, sino al fin del mundo... Aunque sea en los montes más escabrosos o en los desiertos más rígidos, si a mi Manuelito Jesús se le pone, ahí he de ir yo, y todo ha de sobrar. Y si se le pone también que andemos surcando mares, ¿quién se lo embarazará?". Son expresiones de un alma enamorada, reiteradas una y otra vez a lo largo de los años. Lo mismo que le escribe al virrey Vértiz en 1777: "Y después, caminar para donde Dios fuere servido, mientras me dure la vida; y si me fuera posible andar todo el mundo en la demanda, no me excusara, según el provecho que reconozco en las almas y el agrado de Dios Nuestro Señor", es lo que en 1785 le cuenta al P. Juárez: "También debo significarle que, aunque me halle muy cargada de años que me parece que cada noche ya me muero, pero lo que amanezco, ya me hallo con mis ánimos en ser, y así no me quiero coartar mi voluntad a estar sujeta sólo a la provincia del Tucumán, sino que quisiera andar hasta donde Dios no fuese conocido para hacerlo conocer".

Por eso pensó seriamente en embarcarse para Europa, una vez que hubiese consolidado sus proyectos en nuestras tierras. Así se lo confesaba al P. Juárez, su admirado Padre en el espíritu: "Meditando cuánto merece ser amada la Bondad infinita de Dios, juzgo muy corto recinto la estrechez de este mundo y de millares que hubiera, para ofrecerlos con los posibles, todos cubiertos de inocencia y penitencia a su honor y gloria. Ya que no lo puedo servir con obras de esta naturaleza, lo deseo. Y así, concluida mi carrera en América, pienso trasladarme a esas regiones de Europa. No obstante, pídale V. M. el dictamen correspondiente a mi confesor [el P. Ventura Peralta], que quiero experimentarlo. ¡Oh mi Dios, y quién os viera ya amado de todas las criaturas tanto como sois amable, o a lo menos fuese nuestra caridad igual al grado de maldad con que se envuelven nuestras ofensas para contigo!". Dos años más tarde, creyó que esa posibilidad se había vuelto más viable, por lo que escribió

al mismo Padre: "En primera ocasión escribí a V. Merced sobre el pensamiento de pasar a la Europa... era imposible... parece que Su Majestad va proporcionando en que del todo no se me pierda dicho pensamiento e intención, por habérseme suscitado algunos principios para facilitar la empresa, y según fuese disponiendo el que es dueño de todas mis operaciones, seguiré no digo a España sino al fin del mundo; pues el mismo que ha dispuesto el que en este reino las criaturas le reconozcan y alaben, es el que domina en todo el universo: como es constante, así mismo, si es su santa voluntad que yo me transporte a seguir mi destino, aunque a mi cortedad se le presenten dificultades al parecer invencibles, todo lo ha de franquear dicho Señor, y con cuyo esfuerzo caminaré sin el menor embarazo, hasta finalizar mi corta vida, pues ésta no la estimo si no ha de ser empleada en ejecutar con prontitud la voluntad de su Criador".

Tanta generosidad nos recuerda una vez más la de aquel "divino impaciente", como calificara Pemán a Francisco Javier, un santo muy querido por nuestra Beata.

7. Su irradiación en Europa

La figura de María Antonia se iba agigantando día a día en nuestra Patria, así como la valoración de sus logros. "Estos no son otros -le escribe Ambrosio Funes al P. Juárez- que manejar con destreza, toda divina, aquella parte más esencial del Instituto de Ignacio, reduciendo a una práctica incesante sus Ejercicios. Es tal el éxito con que los obra, que parece no haber sido Ignacio el único que los recibió de manos de María Santísima, sino que igualmente los tomó en su consorcio nuestra Beata".

Pronto su fama trascendió nuestras fronteras. Las cartas que escribía a los jesuitas desterrados en Europa, eran acogidas con creciente admiración, y frecuentemente policopiadas, para edi-

ficación del pueblo cristiano. Incluso algunas de ellas fueron vertidas a diversos idiomas, como al latín, inglés, francés, alemán, llegando así hasta Rusia, para consuelo de los jesuitas allí residentes. También se tradujeron las cartas de algunos laicos que relataban las hazañas de la Beata, por ejemplo, las de Ambrosio Funes. Justamente en relación con una de este último, donde se hablaba de las obras de la Beata, el P. Juárez escribía a su autor: "Le participo casi con propia vanidad, de que ha sido ésta traducida en varias lenguas para que disfrutasen de las apreciables noticias que nos da de nuestra señora doña María Antonia de San José y de los Ejercicios, los sujetos de diferentes naciones, que deseaban leerla. Se ha traducido en latín para enviarla a Alemania, y principalmente a la Rusia Blanca, donde está en todo su vigor la Compañía de Jesús; y en francés para la Francia; y para estas ciudades en lengua italiana".

Más aún, en Francia se reformaron varios conventos sólo con la lectura de sus cartas. Sabemos, asimismo, que las leía asidua y fervorosamente Madame Louise Thérèse, priora de las Carmelitas de Saint-Denis y tía de Luis XVI.

En premio de tantos méritos, el Vicario General de la Compañía sobreviviente en Rusia, el P. Gabriel Lenkiewicz, le concedió, en 1787, la carta de Hermandad de la Orden: "A María Antonia de San José: se os concede por este escrito que puedas participar, como si fueras jesuita, de todas las gracias, sacrificios, oraciones, ayunos, mortificaciones, y de los méritos de todas las obras buenas, que se hacen en toda la universal Compañía de Jesús. Y por esta santa Hermandad, podéis vivir y morir y ser enterrada con la sotana de la Compañía, como deseabas..."

La Beata tenía clara percepción de la trascendencia de su obra. Ello se trasunta en una carta que le escribe al P. Juárez, donde entre otras cosas le dice con tanta sencillez como verdad: "Vuestra Merced tendrá presente lo que sucedió en el siglo de

Ignacio, a quien suscitó Dios para general de tan grandes conquistas y batallas; pues al paso que Lutero se empeñaba en hacer desertar la milicia del Señor, nuestro Fundador no daba golpe que no fuese mortal a sus enemigos, que no fuese una victoria con muchos laureles y, en fin, que no lograrse la conversión de almas y la propagación de la fe, hasta conseguir alistar bajo las banderas de Jesucristo aun a los extraños y enemigos de la casa de Israel. Las cosas que Dios hace por provisión son un rasgo, son una chispa de su corazón vasto y magnánimo; y así, si por Alemania y países que Vuestra Merced se expresa en su carta (donde todavía está diseminada la maldita cizaña de Lutero) han desertado más de 14 mil almas; aquí por la bondad del Altísimo con ésta solamente han recibido del espíritu de Ignacio (que todavía se conserva dentro y fuera de sus ejercicios) más de 25 mil personas sus divinos sentimientos. Vea Vuestra Merced si Dios no procura en todo su mayor honra y gloria".

¡Una auténtica compensación providencial! Los desastres en Europa por causa de la herejía, se ven resarcidos en nuestra Patria por las victorias de la gracia. Europa nos trajo la fe. Ahora estaba apostatando de ella, mientras que en nuestra tierra, merced a una criolla santiagueña, no sólo se consolida la fe sino que desde aquí se evangeliza a Europa.

El influjo de María Antonia llegó hasta la misma Corte Pontificia, como lo afirma el P. Juárez en carta a Funes, de 1790: "Confiésole que al ver en Roma estos Memoriales que mandó Ud. firmados jurídicamente por esos Señores Prebendados y al saber lo que obra la Beata han quedado admirados no sólo los ex-Jesuitas de todas las Provincias, sino también desde el Papa hasta los demás Cardenales y Prelados, confesando que el heroísmo de las Señoras mujeres en esa Provincia procura con tanto celo y aun a expensas propias, conservar, consolidar y perpetuar los Ejercicios de piedad cristiana, devoción y venera-

ción de los misterios de nuestra Santa Fe, que en otros reinos procuran impiamente impugnar, destruir y aniquilar los más poderosos enemigos de la Santa Iglesia, bien que condecorados, infulados, etc."

Particularmente los jesuitas expatriados estaban absortos ante la fecundidad apostólica de esta mujer. Acicateados por el deseo de saber más de ella, de cómo comenzó su obra, cuáles fueron sus métodos, sus metas, sus logros, le pidieron a Ambrosio Funes, a través del infaltable P. Juárez, un amplio informe sobre la vida de la Beata y sus actividades en pro de los Ejercicios. Así se hizo, y en base a las cartas de la Beata y a los informes de Funes, redactaron un esbozo biográfico de la Madre, bajo el nombre de *El estandarte de la mujer fuerte*. Fue editado en 1791, y circuló por toda Europa, en diversos idiomas, suscitando enorme admiración en todos los estamentos, desde el Papa para abajo.

8. Muerte y glorificación

Los últimos años de su vida fueron de gran fruto espiritual. Por cierto que siempre la acució la angustia de que "quedaría mucha gente sin haber logrado el fin a que me trajo el Señor a esta tierra". El fin providencial de su existencia no había sido sino salvar las almas a través de los Ejercicios. Bien decía aquel folleto, *El estandarte de la mujer fuerte*, que María Antonia "lleva en su corazón el extracto de la Compañía", es decir, que en su corazón se anidaba el espíritu apostólico de aquella Orden.

Merced a sus emprendimientos espirituales sucedió en Buenos Aires lo que en otros lugares por donde ella había pasado. La ciudad porteña se fue convirtiendo. El P. Cayetano Bruno relaciona con nuestra Beata y su obra de los Ejercicios lo que se lee en una "Memoria" del virrey Arredondo, que preparó el 16

de marzo de 1795 para su inmediato sucesor: En Buenos Aires, dice allí, "se conserva la piedad, la devoción y el esmero en el culto externo; se conserva el vínculo santo que une íntimamente a los cristianos y les hace ser fieles y obedientes a las legítimas potestades; y se conserva, en fin, el competente vigor en los ministros del Evangelio, especialmente en el clero secular y regular de Buenos Aires... No es pequeño el consuelo que yo aseguro tendrá Vuestra Excelencia de gobernar en una capital tan religiosa y tan obediente a la voz de los ministros del Evangelio y al precepto de los magistrados". Lo que así comenta el P. Bruno: "Nunca de Buenos Aires se hizo tanto ni tan cabal panegírico; fruto, sin disputa, de los tres lustros de acción de la madre María Antonia".

En estos momentos, la Beata era una figura venerada en Buenos Aires. La gente la llamaba "la Señora Beata de los Ejercicios". En carta al P. Iribarren contrapone Isidro Lorea el comienzo con el fin: "Es de admirar que esta pobre señora al principio cuando vino, le hacían mil burlas por las calles, públicamente tratándola de bruja, y ahora es estimada de todos y llamada a porfía de todas partes (disputándose) quién se la ha de llevar". Monseñor Manuel Azamor y Ramírez, obispo del Río de la Plata desde 1788, decía que si todos fuesen como ella y tuviesen su celo por el bien, otra se hallaría la sociedad, por lo que a su juicio era una mujer "indispensable en la ciudad".

Pero los últimos años de su vida, no fueron sólo de reconocimiento generalizado. Su vida interior se había ido acrecentando de día en día. Su oración se tornaba cada vez más fervorosa y continua. No era raro verla pasando toda la noche ante el sagrario. Oración continua, decimos, ya anduviese en medio del barullo —relativo, por aquel entonces— de las calles de Buenos Aires, ya se encontrase en el campo, donde había aprendido a hacerse amiga de los árboles y de los pájaros, a quienes invita-

ba la acompañasen en la alabanza de su Creador. Dicha plegaria "al aire libre" continuaba el impulso de los Ejercicios, donde había aprendido que el fin del hombre y de todas las creaturas era "alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor", así como que había que amar a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios.

Por otra parte, su espíritu se fue acrisolando en el sufrimiento, ya que hasta el último debió soportar tribulaciones y contrariedades. Llevaba, asimismo, una vida sumamente austera y penitente, usando cilicio y disciplina. Nunca comía carne, sino pan y agua, sopa y algunas legumbres. Su lecho era una tarima baja de madera, sin colchón ni almohada. Entendía que Dios la llamaba a compartir de una manera muy estrecha la Pasión de Cristo, como parecían confirmarlo los achaques y dolencias que fueron debilitando progresivamente su organismo.

Se nos refiere que a veces, por la noche, cuando ya se había retirado a su pieza, era atormentada por el demonio, que le propinaba fuertes golpes y trataba de asustarla con visiones horripilantes, para que se desesperase o se acobardase, en venganza de las numerosas almas que aquella santa mujer le había arrebatado. Entonces llamaba a una compañera suya, que dormía en el cuarto contiguo, y le hacía cantar el Padrenuestro, con lo cual el demonio la dejaba en paz. Dicha compañera era doña Isidora Sosa, quien decía que luego la Beata solía preguntarle si había oído algo; ella siempre respondía que no, pero la verdad era que escuchaba terribles golpes.

Cuenta su biógrafo, Mons. Ezcurra, que en los últimos años de su vida, María Antonia previó y anunció las invasiones inglesas. Estaba un día oyendo la Santa Misa en la capilla de la Casa de Ejercicios, y cuando el sacerdote elevó la Sagrada Forma tuvo una visión, como si llegase al puerto de Buenos Aires una multitud de extranjeros de cabello rubio. Lo comunicó en-

seguida a las autoridades políticas para que estuviesen prevenidas. Ello se cumplió en los años 1806 y 1807, seis años después de su muerte, por lo que se ve cómo ella velaba por el bien de su país, cuando el Señor con tanta anterioridad le mostró dicho peligro. Buenos Aires se libró por el valor de sus hijos y casi por un milagro, de convertirse en una más de las colonias británicas y, por ende, en país protestante.

Mientras tanto, la Santa Casa se seguía edificando. Cornelio Saavedra, que años después tendría un papel protagónico en la Revolución de Mayo, actuó como apoderado en la construcción. El adelanto de las obras era la principal consolación de la Beata, que se sentía cada vez peor de salud. Se abocó, entonces, a redactar su testamento. "Primeramente encomiendo mi alma a Dios que la crió de la nada y la redimió con su preciosísima Sangre, y mi cuerpo a la tierra de que fue formado; el cual amortajado con el propio traje que públicamente visto de Beata profesa, mando sea enterrado en el campo santo de la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Piedad, de esta Ciudad, con entierro menor, rezado, y sin el menor aparato de solemnidad. Suplico, ruego, y pido encarecidamente por amor de Dios, a los señores curas respectivos, ejerciten esta obra de caridad, con el cadáver de una indigna pecadora, en atención a mi notoria pobreza. A consecuencia pido que desde esta Casa de Ejercicios, donde me hallo enferma, y donde es regular fallezca, se conduzca mi cadáver en una hora silenciosa, por cuatro peones de los que actualmente están trabajando en la obra...". Más adelante agregaba: "A consecuencia encargo por la Sangre de mi Redentor, sean admitidos [a los Ejercicios], como lo dictan las leyes de la caridad, y preferidos, si es posible, los pobrecitos del campo, en quienes he advertido siempre la más urgente necesidad de este auxilio".

Las diversas cláusulas del testamento van dejando entrever los que fueron sus grandes amores: la Reina de los Angeles,

María Santísima, su Esposo San José, el Santo Ángel de la guarda, los bienaventurados jesuitas San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, y también San Cayetano, abogado de la Providencia, que le proporcionó siempre socorros inesperados.

El 7 de marzo de 1799 falleció María Antonia en la paz del Señor. Para el entierro se cumplieron estrictamente sus deseos. Llevada por cuatro peones de los que trabajaban en la obra de la Santa Casa, por la noche y en silencio, al cementerio de la iglesia de La Piedad, fue enterrada sin cajón ni epitafio alguno. Pero sus hijas tomaron el recaudo, previniendo quizás el futuro, de ponerle por señal, debajo de la cabeza y a manera de almohada, un grueso leño de ñandubay, madera incorruptible.

Pronto la gente comenzó a preguntarse: ¿Cómo hemos dejado que se fuese esta santa mujer, en el mayor de los silencios, sin haberle tributado ningún testimonio público del aprecio que se merecía? ¿Acaso en "El estandarte de la mujer fuerte" no se leía: "A María Antonia se la considera en la América Española como un resto de la piedra de ese gran edificio que los enemigos de la Iglesia han querido destruir. Ella apareció para confusión y vergüenza del clero, tanto regular como secular"? Entonces surgió la idea de organizarle funerales solemnes, con oración fúnebre, cosa que en aquellos tiempos sólo se hacía cuando se trataba de personajes ilustres o grandes benefactores. Y así, cuatro meses después de su muerte, el 12 de julio de 1799, se realizaron dichos funerales en la iglesia de Santo Domingo, con asistencia de una multitud de fieles, así como de sacerdotes, magistrados y corporaciones. La Oración Fúnebre la pronunció fray Juan Perdriel, provincial de la Orden de Santo Domingo, gran conocedor de la Beata y uno de los que daba Ejercicios en la Santa Casa.

Dicha Oración, no exenta de barroquismo, como era el estilo de la época, resultó un verdadero panegírico. Comenzó el P. Perdriel aludiendo a "su cuerpo proporcionado, un rostro hermoso, insinuante pero modesto, agradable pero majestuoso". Así era la Beata Antula. Todos los testimonios coinciden en destacar su belleza, su figura alta y gallarda, su rostro ovalado, sus ojos azules, su frente despejada y luminosa, su innata y aristocrática distinción.

Pero enseguida el orador fue a lo esencial: la gran obra que realizó en la ciudad. "La cizaña ha ganado, ha sofocado todo el trigo. Pero donde le parece que más se ha propagado es en las ciudades... Yo iré, dice ella (como cada uno de los fieles domésticos de David a vista de las injurias con que le hería Semeí), yo iré y cortaré la cabeza a esos monstruos que se atreven a mi Dios, a mi Señor, a mi adorado Rey; *Ego ibo et amputabo caput ejus*. Yo pondré un dique en el torrente de los vicios, que quieren inundarlo todo; *ego ibo*. Yo misma seré una columna de fierro, un muro de bronce al frente de los enemigos de mi Criador. ¿Qué será capaz de acobardarme? No la debilidad de mi sexo. No la escasez de mis luces. ¿Acaso mi flojedad y mi ignorancia harán repetirse el prodigio de que lo más flaco y lo más estulto confunda lo que el mundo tiene de más robusto, y de más sabio?; *ego ibo*. No me atajará la falta de auxilios temporales. Dios, cuya gloria solicito, abrirá los senos de su providencia: alimentará abundantemente, y como de añadidura, a los que buscan su reino; *ego ibo*".

Ahora el orador finge un cúmulo de objeciones: "¿Qué es lo que piensas, mujer extraordinaria? ¿A dónde vas? Detén el paso, aguarda un poco; mira bien el tamaño de la empresa, que te ha inspirado la caridad. Tendrás que trepar cuestras asperísimas, que vadear ríos caudalosos, que transitar campañas desiertas y dilatadas, arenales, páramos, bosques, abrigos de foraji-

dos y de asesinos. El hambre, la sed, la desnudez, los elementos desatados saldrán muchas veces a aniquilar tu cuerpo, a consternar tu ánimo. Si vences estos obstáculos, otros mayores probarán tu resolución y constancia. Prelados celosos, jefes vigilantes, sacerdotes instruidos, a pesar de sus luces y piadosas intenciones, dudarán de las tuyas: que la devoción extremada suele ser el escollo de tu sexo: que una piedad singular ha sido ya el juguete de la soberbia, de la ilusión, del descrédito de la virtud: que el interés y la hipocresía se disfrazaron, más de una vez, con el exterior de la religión. Estas reflexiones, ni siempre erradas, ni siempre infalibles, pero frecuentemente arriesgadas, serán las primeras que ocurran a tu aproximación a vista de tu traje, a la noticia de tus pensamientos. Los nombres de ilusa, de imprudente, de soberbia, de intrusa en el ministerio de salvar a tus prójimos serán frecuentes en los labios del vulgo, y vulgo hay en los cuerpos más distinguidos. Señores míos, ¿a qué nos cansamos?, nada de esto desanima un corazón generoso: al contrario, las dificultades que se le presentan aumentan su valor y realzan el mérito de la empresa... La gracia del Señor vencerá imposibles, la providencia divina suministrará medios, y un pensamiento heroico logrará una feliz, una cumplida ejecución”.

Poco antes el P. Perdriel había señalado el foco desde donde todo ello brotaba, el fuego apostólico que la consumía, en continuidad con el que vino a encender Cristo y, tras El, los Santos: “Incendiar el universo con un volcán inmenso de amor, fue la obra misericordiosísima de nuestro adorable Salvador para la gloria suya, y de su padre Dios. Propagar este fuego sagrado hasta los fines de la tierra fue la misión divina de los incomparables Apóstoles; llevar la virtud y hacerla amable en dilatadas y remotas provincias, fue el constante empeño de innumerables varones apostólicos, de los Ferreres en la Europa, de los Beltranes en la América septentrional. Inflamarse en deseos ardientes de

santificar a sus prójimos, fue anhelante ocupación de la Santa Rosa de Lima. Santificarlos efectivamente en estas partes de nuestra América Austral, fue pensamiento heroico, ejecución feliz, obra inmortal de la Señora Beata María Antonia de San José". Por eso, "eclesiásticos sabios, virtuosos y prudentes examinadores de su espíritu, divisen en María Antonia de San José, cuando menos, el bosquejo de las Catalinas de Siena y de las Teresas de Jesús".

Los restos de la Beata permanecieron por largos años en el camposanto de la iglesia de La Piedad, según sus deseos. Mas he aquí que, en mayo de 1867, es decir, 68 años después de su muerte, se decidió demoler la antigua iglesia, para levantar un templo nuevo, que es el que hoy conocemos. La comunidad de María Antonia, temiendo que durante los trabajos se perdieran para siempre los restos de la Beata, se dirigieron al entonces arzobispo de Buenos Aires, Mons. Mariano José de Escalada, y le plantearon su preocupación. El arzobispo encargó al párroco que hiciera buscar esos restos con todo cuidado, ya que María Antonia era tenida por una santa. Así lo hizo el párroco, pero sin resultado. Los obreros, luego de excavar cuidadosamente, habían perdido la esperanza de hallarlos, y ya estaban por retirarse cuando, según testimoniarían luego varios vecinos del barrio, vieron venir una niña pequeña, rubia, vestida de blanco, quien dirigiéndose al capataz le preguntó a quién buscaban. Cuando éste le dijo que a la Madre Antula, la niña, muy segura de sí, indicó a los exhumadores el lugar preciso donde estaban los restos. Pero ¿cómo lo sabes?, le preguntaron. Y ella respondió que se lo había dicho la misma Madre. Cavaron en el sitio indicado y efectivamente hallaron los restos, que fueron identificados con certeza por el trozo de leño de ñandubay que las monjas, al hacerla enterrar, habían puesto bajo su cabeza. Los venerables huesos fueron recogidos en una urna de madera y colocados en el camarín de la Virgen del Pilar, en la misma iglesia de La Piedad.

Se resolvió, entonces, construir un sarcófago especial, dentro de la iglesia, en un arco cercano a la sacristía, junto al altar del Sagrado Corazón. Allí se erigió un pequeño mausoleo de mármol con un nicho de bronce para depositar los restos. Encima se colocó una estatua de mármol labrada en Italia por encargo y a expensas de Mons. Marcos Ezcurra, que representa a la Beata con su traje habitual y sus atributos peculiares, la cruz en la mano derecha y el libro de los Ejercicios en la izquierda. La leyenda de la lápida dice: "Aquí se guardan los restos de la Venerable Madre Sor María Antonia de la Paz, fundadora de la Santa Casa de Ejercicios de esta ciudad. Falleció en Buenos Ayres el día 7 de Marzo de 1799. Ilustre en virtudes y buenas obras para con su pueblo. Fue trasladada de su antiguo sepulcro al presente, en esta misma iglesia, el día 26 de Septiembre del año 1913".

En 1905 los obispos argentinos enviaron al Papa una carta pidiéndole que se diera comienzo al proceso de canonización de María Antonia. En 1917 fue promulgado en Roma el decreto de Introducción de su Causa de Beatificación. En la Curia de Buenos Aires se conservaban siete carpetas con toda la documentación relacionada con dicho proceso. Lamentablemente desaparecieron en el incendio del 16 de junio de 1955, que afectó a varias iglesias del centro de Buenos Aires.

La actual Casa de Ejercicios, proyectada toda ella cuidadosamente por la misma Madre, si bien en vida no la pudo ver concluida, se levanta todavía en la ciudad de Buenos Aires, a pesar de algunos intentos de incautación o la amenaza de rebanarle su parte anterior... con motivo de la ampliación de la avenida Independencia. Dicha casa debería convertirse en un lugar de peregrinación para los católicos argentinos. En la celda en que la Beata pasó sus últimos años y donde murió santamente se encuentran ahora diversos objetos suyos: la cruz o el báculo que usó en su larga peregrinación por tierras argentinas y

uruguayas, el Niño Jesús o Manuelito que había encargado al P. Juárez y le fue mandado de Roma, una banqueta de uso personal, una imagen de San Ignacio, un pequeño Jesús Nazareno, el altar que le obsequió la mujer del ex Virrey de Lima, "el altar de la virreina", y el trozo de leño de ñandubay que se había colocado para señalar el lugar de su sepultura.

No deja de ser sintomático el hecho de que el P. Brochero, pariente espiritual de María Antonia por su común amor a los Ejercicios, haya hecho imprimir el folleto "Directorio y Prontuario para los Ejercicios", cuyo manuscrito había pertenecido a la Beata.

De María Antonia ha escrito el P. Furlong: "Es más que probable que no ha habido ni quien la haya superado ni quien la haya igualado. Aquella mujer santiagueña parecía ser hermana, en el espíritu, en la acción y en la inteligencia, de la gran santa avileña. Ella es, tal vez, la figura femenina más recia y robusta, al propio tiempo que totalmente femenina, de toda la historia argentina así antes como después de 1810". Y Mons. Marcos Ezcurra la llama: "mujer insigne, gloria de nuestra Patria y ornamento de la Iglesia Argentina".

OBRAS CONSULTADAS

Justo Beguiriztain, S. J., *La Beata de los Ejercicios*, Buenos Aires 1933.

Lucrecia Sáenz Quesada de Sáenz, *María Antonia de Paz y Figueroa*, Serviam, Buenos Aires 1937.

José María Blanco, *Vida documentada de la Sierva de Dios María Antonia de la Paz y Figueroa*, Amorrortu, Buenos Aires 1942.

Mons. Marcos Ezeurra, *Vida de Sor María Antonia de la Paz, Amorrtu e hijos*, Buenos Aires 1947. Hay otra edición, Difusión, Buenos Aires 1980.

Fr. Contardo Miglioranza, *María Antonia de Paz y Figueroa*, Misiones Franciscanas Conventuales, Buenos Aires 1989.

Beata María Antonia de Paz y Figueroa

Siempre descalza la verá el camino
-una cruz por bastón, austera capa-
ya no hay puntos lejanos en el mapa
si el amor es sayal del peregrino.

La bandera de Ignacio es el destino
de esta marcha que fluye, que se escapa
de los lindes terrenos, porque atrapa
la unidad de lo humano y lo divino.

Ni penas ni severos maleficios,
ni el sendero de cactus o chañares
lograrán impedir los Ejercicios.

Una mujer repite: *yo lo sé.*
Y ofrece esta victoria a los altares
la Madre Antula del Señor San José.

ANTONIO CAPONNETTO